



23 de Marzo de 1845.

Vista de Guernessey.

TOMO III. 8

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

UNA VISTA EN GUERNESEY.

A algunas leguas de las costas de Normandía, se hallan muchas islas, que hace muchos años poseen los ingleses, y entre las cuales ocupan el primer lugar las de Jersey y Guernesey. La primera de estas ha dejado muy gratos recuerdos á los españoles emigrados durante la ominosa década del despotismo, por ser uno de los puntos en que mas hospitalidad y mejor acogida merecieron á los ingleses. La segunda pertenece desde el tiempo de la conquista, á la corona de Inglaterra; pero el rey no ejerce en ella su autoridad, sino como antiguo duque de Normandía, de modo que el poder legislativo reside en el rey y su consejo y no en el parlamento.—Las autoridades judiciales y ejecutivas, reunidas son designadas con el nombre de Asamblea de los estados; y constan de un baile, doce jurados, un procurador general de la corte real, ocho rectores de parroquias, dos constables y ciento treinta y dos docenarios. El voto de los impuestos pertenece á lo que se llama los estados de deliberacion; sin embargo, para realizar los alistamientos ordenados por este cuerpo, es menester apelar al rey, excepto en los casos urgentes. El código que se halla en vigor en Guernesey es muy imperfecto, y parece una compilacion mal hecha de las antiguas leyes normandas ó bien de la antigua aristocracia feudal. El rey nombra el gobernador militar de las islas.

Los habitantes de Guernesey tienen mucha mas semejanza con los franceses, que con los ingleses; su vestido, su manera de vivir, sus muebles, sus instrumentos de agricultura son á la francesa; sin embargo, en la alta clase todos estos objetos sufren cambios á consecuencia del comercio frecuente con los ingleses. Toda la poblacion habla el francés-normando algo corrompido; pero la clase alta habla solo el inglés y el francés de hoy correctamente.

Una medianía que raya casi en pobreza es el patrimonio de la mayor parte de los habitantes. Las fincas rústicas son en lo general muy reducidas, y mezquinas las casas de los labradores; cada choza posee en un rincon de ella lo que se llama una cama verde; que consiste en un poyo de 18 pulgadas de altura y cubierto de hojas secas, sobre el cual permanece la familia frecuentemente sin hacer nada.

El comercio de Guernesey es poco importante; muchos habitantes se entregaban activamente al contrabando antes de los actos rigurosos que aparecieron en 1803 y en 1807 para reprimirlo, pero no por eso se halla hoy destruido. Los buques de Guernesey se emplean ora en el comercio de las colonias españolas y portuguesas, y en el de diferentes partes del continente, ora en la pesca en el banco de Terra-Nova. Bas-

tando apenas los productos de la isla para el consumo de sus habitantes, permiten pocas esportaciones, y las únicas que merecen mencionarse son las de algunas vacas que se envían á Inglaterra, ó las de los mármoles azules que sirven para embaldosar los suelos, como los de Normandía que se emplean hoy en París y algunas otras ciudades.

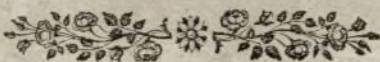
Poco antes de la caída del imperio, Guernesey no tenia mas que una importancia comercial casi nula; pero desde aquella época ha tomado mucho incremento, tanto la estension de sus relaciones comerciales como el número de sus habitantes. Los barcos de vapor, que ponen á esta isla en comunicacion con la Inglaterra, conducen á ella todos los dias algunos viajeros que van á buscar en ella una existencia menos sujeta á las privaciones que sobre el suelo de los tres reinos unidos. Como la mayor parte de la Normandía, Guernesey descansa sobre una roca, y su terreno abundantemente regado es en los puntos bajos rico y fértil, sobre todo en pastos. En las alturas las casas son magníficas y hasta las rocas mas áridas están cubiertas de verdura hasta su cumbre. La bebida comun del país es la cidra que se fabrica allí en gran cantidad.

El clima de Guernesey es muy dulce y muy favorable á la vegetacion; el mirto y el geranio crecen allí libremente, y con un poco de cuidado el naranjo produce frutos en invierno. Desgraciadamente esta isla carece de bosque. Uno de los vegetales mas modestos en las apariencias es el fuco, planta marina de que se extrae la sosa, y que le sirve á la vez de combustible y de abono.

Los caballos de Guernesey no valen gran cosa, y generalmente estan mal cuidados; pero la carne y la leche de vacas son muy apreciadas por los ingleses. Abundan los cerdos y dan un tocino que aprecian mucho los marineros. La pesca es tan abundante que provee casi en todos tiempos el alimento de los habitantes, y produce sargas, pescadilla, patijas, enormes anguilas de mar, lenguados y otra multitud de pescados.

Guernesey ocupa mas de once leguas cuadradas, su forma es la de un triangulo. Las costas estan defendidas por rocas, escollos é islotes, y presentan multitud de ancones y pequeños puertos. La marea sube allí hasta 52 pies de altura, y las muchas corrientes que reinan en aquellos mares hacen la navegacion muy difícil.

San Pedro, es la única ciudad y capital de Guernesey. Esta isla cuenta diez parroquias en las que se ven pocos católicos romanos, pues los que dominan en ellas son los calvinistas y metodistas, contándose ademas muchos cuakeros que se establecieron en aquella isla en el año 1782. Cerca de treinta mil habitantes componen su poblacion y en este número comprendemos dos mil marineros ó estrangeros que no tienen en esta isla residencia fija.



ESTUDIOS HISTORICOS.

EL PASTELERO DE MADRIGAL O EL REY FINGIDO.

(Continuacion.)

IV.

Los muchos portugueses que con este motivo venían á Madrigal, era natural que llamasen la atención de los vecinos y de las autoridades; los ojos de todos estaban fijos en el pastelero por quien todos los forasteros preguntaban, añadiéndose á esto lo mucho que se murmuraba en la villa, de las continuas y largas visitas que el pastelero hacía á doña Ana de Austria, y de lo mucho que tanto ella como el vicario lo obsequiaban y regalaban; y como la maledicencia nunca se para en lo que justamente se deduce de las apariencias, comenzaron á correr comentarios no solo demasiado fuertes sino también poco decorosos. No se le podía ocultar esto al fraile que todo lo averiguaba y sabía, y se convenció de la urgentísima necesidad de que su nuevo rey se ausentase de Madrigal, antes que lo mucho que se hablaba, diese lugar á algun acontecimiento desagradable. Lo comunicó con Espinosa y ambos convinieron en la necesidad de ausentarse, de lo cual era indispensable convencer á doña Ana, que lo iba á sentir á par de muerte. Ambos fueron al monasterio para dar esta fatal noticia, y despues de los saludos y amorosos requiebros de costumbre, el pastelero con tono sentimental y compungido la dijo: —Señora, mi corazón se parte de pena al teneros que anunciar una cosa que me es muy dolorosa pero indispensable. —¿Pues qué! ¿ha sobrevenido algun contratiempo? ó habeis recibido alguna mala noticia? dijo doña Ana con extraordinaria inquietud.

—Nada, señora, todo lo contrario, mis asuntos están en el mejor estado, y no tardaré en abandonar este incógnito, que ya me es insufrible, por que él me priva de vuestra posesion, que vale para mí mas que la de la corona.

—Pues entonces, ¿qué es esa nueva terrible que vais á comunicarme?

—La ausencia, señora, de poco tiempo, pero muy larga, muy intolerable para mi amor.

Ausentaros... ¡ah alguna cosa me ocultais! Si vuestros asuntos van bien ¿por qué no esperais aqui su terminación?

—Por que hay cosas que no puede uno fiarlas á nadie, es preciso que parta por unos dias, y luego que despache, volaré otra vez á vuestros pies; no lo dudeis, pronto estaré de vuelta.

—Pero un mensajero, una persona de confianza no podría evacuarlos, sin que vos...

—Imposible, señora, son cosas que he de hacer por mi mismo, y que de ningun modo conviene retardar; dentro de dos dias partiré.

—¿Pero vos, padre vicario, dijo doña Ana á fray Miguel, vos no encontráis ni discurris algun medio para evitar esta partida?

—Señora, yo, como S. M., estoy convencido de que es indispensable esta ausencia, así como tambien de que será muy corta, y sin contratiempo.

—¿Dios lo quiera! Pero yo no sé que presentimiento fatal me oprime el corazón, de un modo que jamás lo he sentido igual; apenas puedo respirar con libertad.

—Nada tiene de extraño, contestó fray Miguel, vuestro corazón en extremo sensible no puede ver la separación de una persona que os está unida con tan estrechos y sagrados vinculos, y que no tardarán en ser indisolubles. Pero siendo su causa tan justa, el Señor que le ha preservado por espacio de nueve años en medio de tantas y tan estrañas vicisitudes, que le ha sacado salvo de tantos peligros, no le guardará ahora en un viage tan corto, y sin ningun peligro? Ademas nosotros dos entretanto redoblabamos nuestras oraciones, multiplicaremos nuestras penitencias, y para mas obligar á su divina magestad, he pensado que los dos hagamos una devota romería al milagroso cristo de Burgos, y no me cabe duda que el Señor que es tan misericordioso nos oirá.

Las lágrimas corrían en abundancia por el rostro de doña Ana, que se manifestaba convencida de la necesidad de separarse; Espinosa tenia inclinada la cabeza y los ojos bajos, que se limpiaba con disimulo como para ocultar su emocion y lágrimas; y hasta fray Miguel parecia estar enternecido aunque afectaba conformidad y entereza. Por fin, entre lágrimas y ahogados suspiros se despidieron para ir previniendo lo necesario al viage, encargando muchísimo doña Ana que no dejase de volver á verla antes de su partida. Al dia siguiente previno algun dinero y cuantas alhajas tenia, y cuando á la tarde vino Espinosa á dar el último á Dios, le rogó que las aceptase dándole facultad para vender las alhajas si tenia necesidad de ello. El pastelero se negó absolutamente á recibirlas, y aunque la monja le instó cuanto pudo para que las tomase, no pudo conseguirlo, pero luego las tomó el fraile; y le metió entre su equipage, un vaso de unicornio guarnecido de oro y piedras preciosas, un libro forrado de oro que la infanta habia enviado á doña Ana, un rico anillo de oro con una gran piedra preciosa y esculpido en ella el retrato de Felipe II, que se lo habia regalado; una piedra bezar grande engastada en oro, un riquísimo reloj de pecho, y algunas imágenes y otras cosas, todas de gran valor y poco bulto. Escusado es ponderar lo tierno y afectuoso de esta última despedida, las lágrimas del dia anterior corrieron con mas abundancia, los suspiros se multiplicaron, y las palabras quedaban ahogadas por la aflicción, pero era indispensable partir, y al fin lo verificaron dejando á doña Ana encomendada al cuidado de sus dos monjas confidentas y amigas, y sumida en llanto y aflicción.

A la mañana siguiente, que era uno de los últimos dias del mes de setiembre de 1594, el pastelero emprendió su viage para Valladolid, vestido con su traje ordinario, y acompañado de un solo page de la confianza de fray Miguel. Este luego que concluyó sus ocupaciones de la iglesia fué á consolar á doña Ana, á quien encontró muy abatida, pero el vicario le dijo tales palabras, la exhortó con tanta unción y elocuencia á conformarse con la voluntad de Dios, que consiguió tranquilizarla, algun tan-

to, y despues de haberla enterado de la hora y modo como habia partido su rey, y adonde dirigia su jornada comenzó á hablarla de la necesidad de hacer la romería indicada al santo Cristo de Burgos, en lo cual el buen vicario tenia muchísimo interes, y aunque doña Ana ponía obstáculos y dificultades, el fraile todas las allanaba, asegurándola que habia pedido la licencia para los dos, que no tardaría en venir y que estoviesse pronta para cuando él avisase, y como su ascendiente y autoridad era tan grande para la pobre señora, esta estaba decidida á hacer lo que su confesor la ordenase.

Espinosa entretanto habia llegado sin novedad á Valladolid, aunque bastante molestado del caballo, y al momento comenzó á presentársele adversa la fortuna. Tomó dos criados para lo que pudiese ocurrirle, y el uno tuvo ocasion al momento de robarle cincuenta ducados y desapareció con ellos. Mucho sintió Espinosa este chasco, aunque para él era cosa de poca importancia, recibió otro, y mandó un propio á Madrigal dando cuenta de su viage y demas particularidades, lo cual continuó haciendo con frecuencia, tanto para tener á fray Miguel al corriente de todo, como para tener mas engañada á la pobre monja, á quien escribía mil amorosos requiebros. Su vida en Valladolid era misteriosa, los criados nunca le acompañaban, los mandaba con anticipacion al punto donde creia le serian necesarios, y desde allí los mandaba á otro punto, pero andando él siempre solo; mudaba con frecuencia de posadas, y rara vez dormía dos noches seguidas en una misma parte.

Porsu desgracia encontróndia á una prostituta hermosa y agraciada, y olvidando la dignidad real se acordó que era hombre, la siguió y no paró hasta trabar amistad con ella. Con las descocadas franquezas que tal clase de gentes suele tomarse, ó enmedio de las que él tomaba con ella, la linda cortesana vió algunas de las ricas joyas que el pastelero llevaba consigo, y pareciéndola que no convenian con su traje, la que no hubiera hecho escrúpulo de recibirlas, lo hizo de si serian robadas, y sea por temor ó por venganza, ó por cualquier otro motivo, fué á casa de un alcalde de casa y corte en aquella chancillería, llamado don Rodrigo Santillan, y le manifestó su sospecha. Al alcalde le pareció fundada, y despues de bien examinada y tomadas bien las señas de Espinosa, la despidió. Luego que cerró la noche salió el alcalde en busca del acusado, fué á la posada que le habian indicado pero yano le halló en ella; se propuso, pues, visitar todas las de Valladolid, y al fin á la una de la noche, encontró en la que estaba hospedado. El pastelero luego que oyó ruido comenzó á vestirse á toda prisa, y no bien lo habia comenzado á poner en práctica, cuando se presentaron los ministros de justicia y el alcalde, quien leintimó al momento se diese preso en nombre del rey.

—¿Pues qué, acaso, dijo Espinosa, soy yo algun delincuente para que se me prenda y á estas horas?

—Concluid de vestiros, dijo el alcalde, despues veremos si sois ó no delincuente, y entre tanto tuvo lugar de observar que su ropa interior era de finisima holanda, con un rico cuello y puños, mas de lo que convenia á hombre de su clase, y de recoger las alhajas y demas efectos que le pertenecian, y que ya dejamos indicadas anteriormente. Luego que estuvo vestido le preguntó el alcalde: —¿Cómo os llamais? —Gabriel de Espinosa. —¿Qué oficio ó ocupacion teneis? —Pastelero. —¿Dónde estais avecindado? —En Madrigal. —¿Cuándo habeis venido á Valladolid? —Hace diez ó doce dias. —¿A qué habeis venido? —A vender esas joyas. —¿De donde las habeis sacado? —Doña Ana de Austria monja de Santa María la Real de dicha villa, me las ha entregado para que las venda. —¿Y por qué causa habeis mudado de posada? —Escusado era hacer esta pregunta á un hombre que es dueño de su voluntad y su dine-

ro, pero me mudé por que la huésped no era limpia. —Estraño que siendo pastelero tengais esos escrúpulos. —Antes por esa razon debo tenerlos mejor, por que ya sabe su señoría aquel refran, *que el que ha sido cocinero antes que fraile, lo que pasa en la cocina bien lo sabe*. —Dejáos de fiestas por que sino confesais os mandaré dar tormento. —Tormento?... conozco que sois vos demasiado honrado caballero para que me hagais tan injusto agravio. —Ahorremos tiempo y razones, llevadlo preso, y á tuen recaudo. —Señor alcalde, mire su señoría lo que hace y como trata á los hombres honrados, que cierto el rey no le ha puesto en el parage que está para causar agravio á los forasteros. —Si vos lo sois lo veremos, y os trataremos como á tal, mas ahora por pastelero os habeis vendido, y mientras otra cosa no parezca como á tal sereis conducido y tratado. Llevadle.

Los ministros se apoderaron de él y le condujeron á la cárcel, sin que por esto mostrase abatimiento ni pesar. En la cárcel tuvo medio de mandar un propio á Madrigal participando á fray Miguel su desgracia, y dándole algunas instrucciones, en virtud de las cuales un escritorio que tenia lleno de papeles, y otras cosas, fué llevado al convento, sin que luego se haya vuelto á saber mas de él. Tambien don Rodrigo Santillan envió un mensajero dando cuenta á doña Ana de lo que el preso habia dicho, y preguntándole si era cierto que le habia mandado á vender aquellas alhajas. Grande fué el sentimiento y turbacion que causaron en Madrigal los dos mensajeros, y mucho mas porque antes de llegar, habian despachado otro propio con cartas para Espinosa. Doña Ana sin embargo, creyó que su autoridad seria de mucho peso con el juez, y al momento le contestó, que todo cuanto el preso habia dicho era cierto, que las alhajas eran suyas, y le habia enviado á Valladolid para que allí las vendiese, y por lo tanto, que al momento lo pusiese en libertad. Sin otro incidente, el alcalde sin duda alguna hubiera complacido á doña Ana; pero desgraciadamente antes que llegase su contestacion, habia sido preso tambien el propio que el dia antes salió de Madrigal, y las cartas que llevaba estaban en manos de don Rodrigo Santillan, quien por ellas conoció que el viage del pastelero tenia algun otro objeto de mas alta importancia que vender las alhajas, y hasta estar mas informado no quiso soltar al preso, sin dar cuenta á S. M. y saber el modo como habia de obrar. Entre las cartas interceptadas habia una de fray Miguel que copiaremos á la letra, dice asi:

«Gran merced es la que V. M. hace á esta su casa, en enviar á ella tan á menudo, aunque si hubiese de ser conforme á los deseos de acá, tres mensajeros al dia parecieran poco, y si V. M. viese los efectos que sus cartas hacen, muchas mas las habria por bien empleadas, por mas lágrimas que sobre ellas se viertan. Ha dado la vida á mi señora y á los criados de V. M. la buena nueva que este hombre trajo de la mejoría de la salud de V. M., plegue á Dios sea muy cumplida y por tan largos años como yo deseo, que á buen seguro se me puede fiar todo en este caso. El mal que resultó haberle hecho los caballos no será mas que cansancio por la descostumbre é indisposiciones pasadas; V. M. descanse, hágase regalar lo mejor que fuere posible, y esté muy bueno y sin enfado ninguno, porque confío en nuestro Señor tendrán muy pronto término los trabajos, y que vendrá lo que el Señor suele enviar tras ellos.

«El de Madrigal no ha venido, ni enviado recado ninguno, mas de avisar su dolencia larga y peligrosa. Mire V. M. lo que podrá haber gastado, y de tan poca cuantía lo que quedará, que hoy en Dios amaneciéndole despachó mi señora un propio para él, enviándole á mandar, que al punto se venga y traiga los recados que llevó á cargo, y otros que agora se le encargan; y

«dice mi señora que en viniendo esta enviará luego otro á V. M. con todos estos recados. La niña está (á Dios gracias) buena y sana; la gente de casa ya toda es en querer y procurar regalarla, y andar abobados tras ella reconociendo, mal que les pese, que hay allí una cosa grande, y con todo callan: verdad es que mi señora les ha dado tal castigo, que todos han enmudecido; la gente de fuera también calla, por lo menos que yo sepa. El ama está buena, y yo la llamé luego, y la animé y consolé y la ofrecí todo lo que pude, que me declarase si había de menester algo de dineros, que los buscaría, y para ello vendería cuatro libros que ahí tengo. Dijome que dineros tenía por ahora, que no había menester sino manteca que no se la querían vender en la villa, y así se dió luego orden en ello, y quedó proveída, y tiene su criado y hacen su menester, aunque mi señora desea como la vida ver acabada esta tienda del todo, y quitada de aquí de los ojos de las gentes; y cuanto á estarle aquí el ama para la venida, parece grande inconveniente; porque será imposible poder pasar en su casa sin ser reconocidos del pueblo, y será la estampida mayor que la primera, que la gente aunque calla en esta ausencia, está todavía á la mira, y con la venida en nueva figura, sin duda habrá grande alboroto, y se confirmarán en sus sospechas, y podría el negocio volar á la corte, y haber revueltas de que esta señora recibiese algún agravio y pesadumbre, que le costase la vida. V. M. pues la quiere tanto y la hace tanta merced, lo mire despacio, y por poco no se aventure lo mucho. Lo bueno y acordado á mi parecer, sería que vengan en los trages no tan bizarros que sean notados, sino medianamente, de manera que puedan parecer criados de madama, y digan que vienen con recado suyo y á visitar á esta señora, y llámese el uno Mazatave, que así se dice un mayordomo de madama, y en llegando aquí me hable á mí el uno, que luego daré orden en lo que se ha de hacer; y en cuanto á dormir y posar, si V. M. no gusta en meson, podránse recoger en Blasco-Nuño, que allí tenemos casa acomodada; y si el ama yano estuviere aquí podráse hacer esto mas llanamente, y si está aquí y van á su casa, por mas de noche que sea han de ser vistos y el negocio entendido, y será el peligro muy grande, y así digo, que estará mejor el ama con la niña, y desde allá la podrá V. M. mandar ir adonde y como fuere servido.»

«Este hombre parece hombre de bien y de confianza, y así será sin duda que cogerían allá las cofias y almohadilla que faltaron. La pérdida es poca, si no fuera por el dueño. Los agnauos le envío y las alcorzazas también irán si se encontrase caja en que quepan, y los treinta ducados enviará con mas gusto quien con tanto envía estas niñerías, y si ellos se pudieran fundir de la sangre de mis venas, yo me la sacara toda sin dejar en ella gota, para servir á quien tan tiernamente amo y con tantas veras del alma deseo servir; y no en bien, señor mio, que pues con sus ojos vió la pobreza de este aposento y de su dueño, y sabe estas verdades deje yo de maravillarme mucho de que diga V. M. que si acá hay arrepentimiento de las niñerías que llevé que las tornará á enviar. Mire, rey mio y señor mio, que se lastima mucho la lealtad y amor verdadero con esta razon, y crea, que quien le diera la sangre y la vida, no le negara la hacienda si la tuviera, y no es cerrarse de campaña el no acudir con mas, sino no tenello, ni de donde sacallo. El portador me dió de un correo que ahí vino y trajo nuevas tristes, de que en un torneo mató un caballero de la compañía á otro, y que V. M. lo había sentido. Alteróme esto mucho y quedé muy turbado, por don Francisco, y don Carlos, y Benamar. No lo he dicho á mi señora por no darla pena con este cuidado, y para

descansar el mio suplico á V. M. me haga merced de decirme si ha sido la pendencia entre esos señores, ó como ha sido. Plegue á Dios nuestro señor no haya sido alguna desgracia, que á todos nos cueste caro. Mi señora quería enviar á V. M. á Juan estos días pasados con el machico del médico, y cuando preguntamos por él, lo había ya vendido para el gasto de su enfermedad y de su muger é hijos, que todavía se están todos malos y yo y Roderos tornamos á recaer por comer un poco de vaca y tocino fresco: ya me ha dejado la calentura; pero ando flaco y mal comedor.»

«Andamos el Navarro y yo muy á las malas sobre nuestro negocio, no sé en que parará, que ellos todos me desean echar de aquí; grande envidia tengo á los ojos de esa gente de Burgos, el día de los caballos, y cada día ruego á nuestro señor traiga presto, y nos guarde á V. M. como el mundo lo ha menester.»

«Este hombre no vió á mi señora, aunque él diga que si, por dar contento á V. M.; pero no lo he podido acabar con ella. De esta su casa de V. M. hoy seis de octubre á las seis del día. Criado de V. M. — Fray Miguel de los Santos.»

Esta carta alarmó en extremo al alcalde, y dudoso de lo que haría, si complacer á doña Ana ó dar parte al rey y remitirle los papeles interceptados, se resolvió por lo último, y aseguró mas al preso hasta saber la opinion del rey.

Mientras el alcalde esperaba la contestacion de Felipe II sobre lo que había de hacer del preso, hizo en Valladolid muchas averiguaciones para saber los pasos que el pastelero había dado desde su entrada en dicha ciudad; pero solo pudo averiguar, que estando un caballero de cierto señor probando y ejercitando unos caballos, no se atrevia á montar en uno de ellos porque era de mucho brio: llegó Espinosa y le dijo: permítidme que lo monte y os lo domaré, lo cual hizo con tanta destreza y habilidad; que le dió el caballero: á fé mia que ni en Castilla, ni en Italia, ni en otras partes donde he estado, no he visto mejor ginete que vos: y extrañando tanta habilidad bajo un traje tan comun le dijo: ¿me hareis el favor de decirme quien sois?—Un pastelero de Madrigal, contestó Espinosa.—¿Vos pastelero? como yo. El alcalde, pues, á no haber interceptado las cartas, le hubiera puesto en libertad por no resultar méritos para otra cosa.

Doña Ana que ignoraba este incidente de la detencion de sus cartas, estaba en una continua ansiedad esperando la noticia de que su rey estaba ya en libertad, y reconvenia á speramente á fray Miguel, por haber dispuesto aquella fatal salida, que tan cara iba á costar á todos. Fray Miguel con la cabeza baja y abismado en profundas reflexiones, apenas la contestaba palabra, y solo de cuando en cuando decia: no comprendo, no comprendo el motivo de esta prision. La monja lloraba y decia con energia y desesperacion: ¿pero quien será ese juez, que se ha atrevido á prenderle sin motivos, y que tan poco caso hace de mi carta? ¡Ah! En estando en el trono, mi tio sabrá este ultrage, este atropello inaudito, y no dudo que lo castigará severamente. Pero entre tanto, ¿que aflicciones pasará mi buen rey! ¡Dios mio! ¡Bien decia yo que esta salida!...—Señora, la interrumpió fray Miguel, ¿y quien podia adivinar?... mas es preciso hacer algo, hace ya tres dias que mandásteis la carta acreditando cuanto S. M. había dicho, y pidiendo su libertad, y todavía nada sabemos... volved, pues, á escribir al alcalde exigiéndole con energia la libertad de ese pobre inocente.—Si, decis muy bien, yo diré á ese alcalde, quien soy, y si mis cartas no merecen contestacion, ya que no sean atendidas. Un momento despues ya estaba escrita la carta llena de palabras demasiado duras, y de terribles amenazas si no soltaba al preso, y un propio partió volando á entregarla al al-

calde; pero este acababa de recibir un despacho del señor don Felipe II en que le mandaba: que dejando el preso con toda seguridad, partiese al momento á Madrigal, pudiese presa en su celda á doña Ana de Austria, y procediese inmediatamente contra todas las personas, que de cualquier modo hubiesen entendido en aquel asunto, ocupando papeles, efectos y cuanto pudiese convenir para la aclaración del negocio. El alcalde tomó todas precauciones posibles para la seguridad de Espinosa, y partió para Madrigal.

V.

En extremo tristes y abatidos estaban doña Ana y fray Miguel, esperando con inquietud la respuesta á su segunda carta, cuando se presentó don Rodrigo Santillan acompañado de los ministros de justicia; y con la mayor atención y finura intimó á doña Ana la orden de su prisión. La pobre señora enmudeció de terror al oír tan inesperada y funesta noticia, y enteramente desfallecida fué conducida á su celda, donde quedó con centinelas de vista, despues de reconocidos sus papeles. En seguida fué preso el vicario, y puesto en seguridad. De allí marchó el juez á casa del pastelero, donde apenas encontró nada, ni aun del oficio, pues no había mas que el horno y las palas, y habiendo entendido por algun escrito que encontró, que los papeles interesantes habia salido un hombre para conducirlos al extranjero, salió un alcalde en su seguimiento; pero no pudo ya darle alcance, y se volvió. Se hicieron otras varias prisiones, entre las cuales lo fueron tambien el ama de Espinosa con la niña, y las dos monjas confidentas y amigas de doña Ana. Los presos fueron todos conducidos á Medina del Campo para que estuviesen con mas seguridad, á donde por orden del rey fué otro alcalde de Valladolid encargado únicamente de su custodia, para que don Rodrigo Santillan quedase enteramente desocupado para la averiguación del negocio. Para tenerlos á todos reunidos mandó que Espinosa fuese trasladado á Medina, cuya comision desempeñó don Diego de Santillan hermano del alcalde, quien le condujo en un coche con arcabuceros y otras gentes de guarda.

Ya que los tuvo á todos reunidos, comenzó su proceso con una actividad suma, y sin fiarse de nadie; por que al principio él mismo tomaba y escribía las declaraciones de los presos, en cuyo trabajo consumía á veces once horas. Para tomar la declaración á fray Miguel llamó al provincial de su orden, que le compelió á decir verdad bajo pena de excomunion, la cual luego retiró, y aun debió hacerse sospechoso cuando el rey, á quien se daba continuamente parte de lo que iba aconteciendo, le mandó comparecer en su presencia, y ponerle preso en su convento. Entonces el rey mandó que el nuncio de S. S. enviase un comisario, con amplias facultades para entender en la parte de las personas eclesiasticas; para cuya comision fué nombrado el doctor Juan de Llanos y Valdés, capellan de S. M. y comisario del santo oficio. Sin embargo mientras esto se verificaba, don Rodrigo Santillan tomó declaración á fray Miguel, de la cual diremos solamente lo sustancial.

Confesó que él tenia á Gabriel de Espinosa por el rey de Portugal, y que no teniendo en esto ningun género de duda, habia tratado de favorecerle por amistad, compasion y justicia, y que en esto no creia haber nada culpable. Que podría tal vez haberse equivocado en la persona lo cual le parecia no ser muy fácil, por que conocia muy bien al rey don Sebastian, quien estaba cierto de que vivia por las razones siguientes:

Primeramente, por que el día en que se le hicieron las honras en el monasterio de Belem, no encomendaron misas á los monjes por su alma, como siempre se habia hecho con los reyes sus antecesores.

Ademas él estaba encargado de predicar en el funeral de dicho rey don Sebastian, y un día antes de predicar se llegó á él un hidalgo portugués, y le dijo: «amigo, *mirad lo que decis mañana en el sermón, por que os juro por los santos evangelios, que el rey se ha de hallar presente y oírlo*» y despues de haberlo predicado volvió el mismo hidalgo y le dijo: «*el rey ha estado presente, y le ha gustado vuestro sermón.*»

Que por este mismo tiempo se decia públicamente en Lisboa, que el rey don Sebastian habia estado en el convento de San Vicente, y allí habia comulgado.

Que un fraile de su orden, que aun vivia, le habia dicho que don Sebastian habia estado en un monasterio de Cartujos cerca de Badajoz, y que por mas señas los pueblos inmediatos se habian escandalizado y alarmado al ver que no comiendo carne aquellos monjes, llevaban mucha caza y otras viandas, al monasterio.

Que poco despues de la desgraciada batalla, se decia públicamente que doña Francisca Calva esposa de Cristóbal Tavora, enviaba desde Torre-vieja al monasterio de descalzos de Caparica una acémila cargada de ropa blanca y comida, y que era para el rey don Sebastian.

Que le parecia una prueba muy poderosa, que don Diego de Sousa general de la armada en la expedición de Africa, el mismo día que se dió la batalla levantó áncoras y se vino á Lisboa, lo cual no hiciera un capitán tan experimentado, sin esperar á saber de cierto si el rey era muerto ó vivo, y á recoger los dispersos; y se dijo que obró así, por que al anocheecer se embarcaron tres hombres embozados y uno de ellos era el rey. Lo cierto es que don Diego de Sousa, cuando le preguntaban por aquella presurosa retirada, ponía el dedo en la boca diciendo: «*hice lo que no puedo decir, ni pude dejar de hacer*»; y lo confirmaba, el que el rey don Enrique no hubiese castigado este proceder del general.

Tambien habia oido decir á personas fidedignas, que un soldado habia jurado al rey don Enrique, que él mismo habia dado de beber al rey de una bota de agua que llevaba, mucho rato despues, y á mucha distancia de donde se habia dado la batalla.

Que otro labrador le habia visto despues de la batalla pasar por el otro lado del Tajo á caballo, y él se habia arrodillado por que le conoció.

Que á él mismo le habian asegurado los frailes de un monasterio de su orden que hay en Castelblanco, que en otro convento de frailes franciscos, habia muerto un fraile declarando á la hora de morir, que él habia confesado al rey don Sebastian algunos años despues de la batalla.

Que dos años hacia, un soldado que fué cautivo en la dicha batalla, pasó pidiendo limosna por Madrigal, y le aseguró que el rey despues de la batalla se habia embarcado cerca de Arcila con otros tres hombres, y se habia salvado en la flota.

Convencido pues, (continuó en su declaración) fray Miguel por estas y otras razones, de que don Sebastian vivia y andaba errante y escondido, redoblé mis oraciones, tomaba tres disciplinas por semana, ayunaba y hacia limosnas cuantas podía, y ofrecia misas para que el Señor me manifestase en donde y como se hallaba, y hace mucho tiempo que durante los momentos de la misa me se presentaba su propia figura armado de todas armas, descubierta la cabeza é hincado de rodillas delante de un grande crucifijo. Tenia en su mano una hasta y en ella una bandera verde con una cruz en un lado y una imagen de la Virgen en el otro, como en señal de que el Señor le destinaba para pelear contra los mahometanos, y conquistar la tierra santa: y aunque no soy muy crédulo para fiarme en revelaciones, tampoco podia persuadirme permitiese Dios

fuese engañado en lugar tan sagrado, en ocupacion tan santa, y en medio de la práctica de tantas penitencias. Concluido un año en las mortificaciones indicadas la vision cesó, y se presentó en Madrigal Gabriel de Espinosa; le vi, encontré en él una perfecta semejanza con don Sebastian, salvo que su rostro estaba mas enjuto y aviejado. Le consideré bien, y vi que convenia perfectamente la figura de su talle y disposicion de su cuerpo, en las facciones del rostro observé su labio algo caído, sus ojos azules, su cabello que donde no estaba cano era rubio; en su hablar era como el rey, resuelto y preciso, su modo de andar era un poco ladeado, y entonces me convencí de que Dios habia cumplido mis deseos, concediéndome el ver al peregrino y escondido rey.

Despues de este convencimiento aun quise asegurarme mas, procuré y logré tratarle con alguna confianza, y entonces ya no me quedó la menor duda, por que me dijo algunas cosas, que solo el rey don Sebastian en persona podia saberlas. Me refirió algunas que á mi mismo me habian pasado boca á boca con el rey; leyéndole yo la relacion de la rota de Africa, me contestó: no habeis tenido buenas noticias, y me refirió la batalla de muy diferente modo, y con los mas minuciosos detalles, y asegurando que habia él salido de la batalla con tres heridas, y enseñando en prueba la cicatriz de un balazo que habia recibido en el brazo derecho, y cuya sangre habia restañado con arena. Que traia en su compañía un prelado de unos sesenta años de edad, y yo sospeché fuese don Manuel de Meneses, obispo de Coimbra que tambien se decia andaba encubierto con el rey. Ademas me dijo: traia consigo doce personas notables, entre las que se contaban un hijo de don Juan de Austria, mozo de 22 á 23 años: un hijo suyo que habia tenido en Italia de unos 17 años, llamado Carlos, y un hermano del rey de Dinamarca, que mudado su nombre se llamaba Avenamar.

Otras muchas y muy minuciosas pruebas, añadió fray Miguel, mostrándose tan convencido de que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian, que suplicaba encarecidamente al juez le carease con el pastelero, para convencerle con sus propias palabras, y hacerle confesar la verdad, pero el juez no lo tuvo por conveniente, mientras no concluia de formar su proceso.

Continuando pues en él preguntó al fraile: —¿Y no sabeis que es lo que le ha movido, ó que motivos puede tener para querer andar escondido y errante, y con un traje tan extraño y ageno de su persona? —Dos causas me ha confiado (dijo el fraile) en virtud de las cuales obra de este modo: la primera por que la rota fué tal, que quedó corrido y avergonzado, mucho mas habiendo emprendido la jornada contra el dictamen y consejo de todos, y al pronto en los trasportes del dolor y desesperacion, le pareció preferible pasar por muerto que presentarse á la faz del mundo cubierto de ignominia, lo cual le ha obligado á vagar de pueblo en pueblo, huyendo de quien pudiese conocerle, y habiéndose fiado solo á mi, en virtud á la antigua amistad y amor que me tenia. La segunda, porque tambien en aquellos momentos de consternacion habia hecho voto de peregrinar por el mundo en traje y apariencia de hombre bajo, haciendo penitencia del daño general que por su causa habia sobrevenido á su reino, de cuyo voto habia pedido dispensa al sumo pontífice Gregorio XIII, el cual se la habia negado, por no promover nuevos disturbios y guerras en estos reinos.

—Y ya que hasta aqui se ha ocultado, preguntó el juez, ¿por que ahora que está en este apuro, del cual solo puede librarse declarando, se obstina en negar que él sea el rey?

—Lo ignoro; pero creo sea por temor de que sabiéndolo, mas pronto le manden matar por quitarle el reino, ó tal

vez por vergüenza, como le han hallado en tan vil traje.

—Y vos, añadió el juez, que tan perfectamente conociais al rey don Sebastian, ¿cómo podeis persuadiros á que este pastelero sea el mismo, cuando manifiesta, y él mismo confiesa que tiene cincuenta años, y el rey don Sebastian apenas tendria ahora cuarenta?

—En cuanto á lo que el rostro manifiesta, respondió, ya he dicho que lo atribuyo á los trabajos que ha pasado, pero él mismo me ha dicho que no pasaba de 41 años, y que una noche que se habia visto en una grande tribulacion habia encanecido mucho; ademas que nada tenia de extraño se aumentase años el que trataba de encubrir quién era.

—¿Y con qué objeto comunicásteis este secreto á doña Ana de Austria, y la hicisteis tomar parte en este negocio?

—Con el mas justo y santo que puede imaginarse; para que sus oraciones puras como las de un ángel, alcanzasen del Señor, lo que yo tanto deseaba; y despues que bajo el traje de pastelero se presentó en Madrigal, para que continuase sus oraciones y me ayudase para sostenerlo con mas decencia.

Por entonces aunque don Rodrigo Santillan le hizo varias preguntas sobre los distintos objetos que el asunto envolvia, se mantuvo firme fray Miguel, en manifestarse plenamente convencido de que el pastelero era el rey de Portugal, y viendo que nada adelantaba pasó á tomar declaracion á los demas presos, y entre ellos á doña Ana. Cuando fué á verificarlo la encontró pálida y abatida, sentada en un sillón apoyado sobre la mesa el brazo, en el cual descansaba su cabeza. Una mirada de sobresalto dejó conocer al juez la impresion que le causaba su presencia, y descubriéndose y saludándola con toda urbanidad, la dijo: —Mucho siento, señora molestaros, pero el mandato de vuestro augusto tío y mi rey me obligan. ¿Podreis contestarme á algunas preguntas?

—Contestaré, respondió friamente doña Ana, que habia permanecido en la misma actitud. —Pues con vuestro permiso escribiré vuestras contestaciones, arimando al mismo tiempo una silla y colocándose en la misma mesa enfrente de doña Ana. —¿Conoceis, señora, á Gabriel de Espinosa?

—Sí, contestó doña Ana, sin levantar los ojos.

—Sabeis quien es?

—Un hombre honrado, que ejerce el oficio de pastelero en esta villa.

—¿Habeis tenido alguna intimidad y trato con él?

—Le he necesitado para algunas cosas de mi servicio, ha cumplido mis encargos con fidelidad y prontitud, y le he hablado varias veces.

—¿Y ningun otro negocio habeis tratado con él?

—Conociendo su inteligencia y honradez le mandé á Valladolid con el encargo de vender unas alhajas, que me pertenecen, y que dieron motivo á que me vos le prendiéseis, y esto ya os lo tengo escrito.

—Pero vos, señora, creo que no le teneis por tal pastelero, pues le habeis tratado con mucha deferencia. —De lo que yo puedo juzgar en mi interior, no me creo obligada á contestaros.

—Es que es voluntad de S. M. que....

—Pues bien, á S. M. contestaré cuando me pregunte; pero á vos os he contestado y nada mas tengo que añadir.

—Pero, señora, fray Miguel ha declarado que con referencia á Espinosa os ha hablado y hecho tomar parte en otro asunto, de mucha mas entidad que los que acabais de manifestar.

—Fray Miguel es mi director espiritual, y conoce los secretos de mi conciencia, pero no creo que pueda revelarlos, y así escusais molestaros y molestarme, porque nada mas os puedo contestar.

JOSÉ QUEVEDO.

(Se continuará.)



Moisés.

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

LA ESTATUA DE MOISES POR MIGUEL ÁNGEL.

Esta estatua puede considerarse como la obra maestra de la escultura de los tiempos modernos. El legislador inspirado de los judios está representado sentado, y parece reprender severamente á su pueblo por su idolatría. Su figura está llena de fuerza y dignidad y marcada con vigorosa inteligencia; la espresion de esta figura cuadra muy bien con el carácter que la Biblia dá á Moisés. Es menester convenir que existia una analogia poco comun entre el génio de Miguel Angel y el carácter del papa Julio II, que le mandó ejecutar obras tan colosales y atrevidas. La actitud amenazadora, la nobleza del continente que se observa en la estatua colosal de Moisés, podrian convenir tanto al fogoso pontífice, como al legislador de los hebreos. Además el carácter de Moisés era muy á propósito para inspirar á un artista dotado de tan rara energía de pensamiento y de tan admirable vigor de ejecucion. Como representacion de un carácter, puede colocarse esta estatua en primera fila en el arte moderno. Entre la multitud de versos que ha inspirado el Moisés de Miguel Angel, los mas notables son dos sonetos, escrito el primero por Juan Bautista Zappi y el segundo por Alfieri que procuraremos traducir lo mas fielmente posible:

«¿Quién es aquel que sacado de una enorme piedra por el cincel del escultor, está allí sentado como un gigante, y sobrepuja las mas célebres obras maestras del arte?—Quién es aquel que tiene los labios tan animados que parece que oímos su voz?

«Es Moisés cuya lengua barba dá sombra á su pecho. Es Moisés, que ha descendido de la montaña y

lleva impresa en su rostro una gran parte de la divinidad.

«Así era cuando suspendió en torno suyo las olas borrascosas; así era cuando contuvo el mar y lo convirtió en un sepulcro de sus enemigos. Y vosotros, que sois su pueblo, habeis podido elevar un becerro sacrilego! Si á lo menos hubiéseis erigido una imágen semejante á la suya, hubiéseis sido menos criminales en adorarla.»

Hé aquí el soneto de Alfieri:

«Oh! ¿quien eres tú, gigante de mármol, que estás allí sentado con tanta magestad, y que tienes grabado sobre tu rostro el triple carácter que jamás ha sido dado á ningun hombre, de legislador, guerrero y ministro de Dios?

«Tú fuiste quien libraste de sus cadenas al pueblo judío que gemia esclavo en las márgenes del Nilo; tú fuiste quien sepultaste en el mar al tirano de Egipto y rompiste con un mismo golpe á los ídolos y á los idólatras.

«Como viviste en la tierra, respiras ahora en ese mármol donde el divino Miguel Angel no ha disimulado ninguno de tus ardientes y profundos pensamientos.

«Ese Miguel Angel que ha nacido igual á tí, y que si hubiera sido lanzado en tus destinos errantes, hubiera podido como tú hacer brotar el agua de una roca.»

Sin embargo, esta estatua no carece de defectos: el cuerpo parece llevar un chaleco de franela, y la especie de pantalón con polainas que cubre los muslos y las pantorrillas, no conviene á un Moisés. Pero los brazos, las manos y los pies, admirables por la ciencia anatómica que revelan, pueden competir con los de Laoconte. El Moisés forma parte del mausoleo de Julio II; el cual aunque no está acabado y carece de las inmensas proporciones que debía tener, es el mas importante de todos los que ha creado el arte moderno.

ESTUDIOS RECREATIVOS.

EL PASO DE RONCESVALLES.

(Leyenda histórica.)

Grande era el enojo de los caballeros cristianos en el reino de Leon, y sus miradas daban á entender, que el resentimiento que habian disimulado hasta entonces, pronto se manifestaria en toda su fuerza. Unos, á la sazón en que comienza esta leyenda, se paseaban por los salones del palacio del rey Alfonso, en tanto que otros menos sufridos, se alejaban de aquel sitio y llenos de despecho se dirigian á sus castillos.

«Vive el cielo!» exclamó con arrogancia Favila. «Disponga el rey á su placer de su imperio leonés. En cuanto á mí defenderé mi castillo á viva fuerza y romperé la alianza que he respetado hasta este momento

desgraciado. ¿Que degradacion es esta, nobles señores! ¿Cómo consentimos que se entregue el reino de Leon con todos sus guerreros y nobles á un príncipe extranjero, como si se le diese una manada de ovejas! ¿Qué derechos puede alegar Alfonso para despojarnos así de nuestras propiedades? ó mejor dicho, de nuestra libertad, que es el mejor de nuestros tesoros?»

«Verdaderamente, dijo otro, ninguno; á menos que no lo haga en fuerza de la necesidad, puesto que no tiene quien herede su reino.»

«Así es en efecto, interrumpió un tercero con una sonrisa sarcástica; pero tambien lo es que nosotros no tenemos la culpa: mal haya la virtud que ha hecho dar al rey el sobrenombre de Casto, si ha de redundar en perjuicio de nuestra independencia. Es, señores, una razon muy satisfactoria y no deja de ser en cierto modo muy agradable, esto de que porque al rey le

plazca representar el papel de ascético, nosotros que a la verdad no somos tan virtuosos, participemos de los felices efectos que producirá, como es probable.»

«Nobles y caballeros de Leon, dijo Favila, subamos a la cámara real y hablemos al rey.»

«Diligencia inútil, á fé mia:» exclamó otro de los circunstantes. «Carlo-Magno está ya marchando con toda su comitiva de caballeros y vasallos, y no tardará en aparecer en nuestro territorio á recibir el digno presente con que le favorece nuestro generoso monarca.»

Continuaban aun en su debate, cuando se aproximó á ellos un guerrero armado de punta en blanco y cuyo aspecto anunciaba una firme resolución. La gallarda postura del jóven guerrero, gustó sobre manera á los nobles, y todos le saludaron con la mayor cordialidad. El les contestó muy ligeramente, porque su imaginación estaba demasiado ocupada en aquel momento, para detenerse en ceremonias.

«Es el jóven Bernardo, si no me engañan mis ojos.» dijo uno.

«El mismo, respondió Bernardo. Un verdadero caballero y un buen leonés, si bien ahora casi se avergüenza de llamarse tal. En vuestras miradas, señores, facilmente se conoce que estais perfectamente enterados del peligro que nos amenaza, si no nos prevenimos inmediatamente para ahuyentarlo. Vuestros ojos tambien manifiestan la justa indignación con que mirais las resoluciones del rey. ¿Y bien, señores, que os detiene? Es tiempo aun de permanecer en la inacción? Vestid las armaduras y salgamos al encuentro de Carlo-Magno y de su corte orgullosa. Enseñémosle que tambien España produce una nobleza como puede ser la suya. Voy á ver al rey, y á hablarle con la sinceridad que cuadra á un guerrero.»

Diciendo esto, subió rápidamente al palacio. Los nobles quedaron sumamente satisfechos de su comportamiento, aunque su decision en ir á hablar al rey era darles en cara por su tardanza.

«Es muy arrogante jóven» dijo don Recaredo, «y el lustre de la caballería brilla doblemente en él. Es lástima que sea de cuna tan oscura. ¿Ninguno de vosotros, señores, ha oído hablar de su nacimiento?»

«Yo nunca,» respondió un veterano leonés, «aunque por mis años y mi larga permanencia en esta corte, puedo jactarme de saber como el primero, la genealogía de todos nuestros mejores caballeros. Por lo que creo, que para descubrir la del jóven Bernardo, seria necesario acudir á las artes secretas de la brujería. Sin embargo, él goza de mucho favor en la corte.»

«Pche! contestó Recaredo sonriendo, quien sabe si ese favor pudiera servir de apoyo á nuestras sospechas! El rey quiere mucho á Bernardo ¡qué chasco fuera que Alfonso el Casto fuese padre, á pesar de toda su virtud!»

«Callad, don Recaredo, interrumpió Favila. No es la hipocresía el pecado de que se debe acusar nuestro monarca. Aun merece el título de Alfonso el Casto. ¡Ojalá desplegase su celo del mismo modo en conservar el de victorioso, ahora que se le presenta ocasión de mostrarse digno de tan alto renombre.»

Bernardo se había presentado ante el rey, y con el desembarazo así en la voz, como en los ademanes propios de su carácter altivo, le hizo presente la injusticia y la ignominia que llevaban consigo sus proyectos.

«Como, señor! le decía con calor» si vuestra virtud ó vuestros escrúpulos os privan de un sucesor á la corona, ¿es esa razón que justifique el acto vergonzoso que estais próximo á cometer? No hay hombres en Leon, cuyas sienes merezcan sustentar vuestra corona? ¿Porque pues, buscarlos en países extranjeros? Un valor igual al de Carlo-Magno, grande como puede ser el suyo,

arde en los corazones de mil de vuestros súbditos, los cuales se avergüenzan hoy al contemplar á su monarca mas débil que su pueblo.»

«Basta, atrevido rapaz! exclamó Alfonso irritado,» te olvidas de que estás en presencia de tu rey y abusas de la estremada bondad con que siempre te ha honrado.»

«Sé muy bien que sois mi rey, repuso Bernardo con firmeza. Tampoco soy ingrato á los favores con que siempre me habeis colmado. Pero aunque vuestra corona fuese diez veces mas poderosa y brillante y vuestros favores cien veces mas cumplidos, jamás Bernardo se detendría en manifestar sus sentimientos ó doblegaría en lo mas mínimo su independencia. Consideradlo bien, señor. Nos habeis entregado á Carlo-Magno; pero antes de haberos aventurado á ofrecer tan generoso don deberiais haber contado con nuestro asentimiento, como requisito indispensable. Ahora veremos como cumplis vuestra promesa al dictador francés. Ese soberbio rey y su orgullosa corte y la flor de su caballería, cuyas glorias no se cansa de proclamar la fama, si bien disuenan á nuestro oído, hallarán en vez de una corona de oro y de un menguado rebaño, dispuesto á lamer la mano de sus señores, un ejército de caballeros armados y prontos á defender la independencia de este país, que el rey Alfonso, olvidando su deber, ha comprometido tan vergonzosamente.»

Al concluir estas palabras con un tono enfático y arrogante ademan, volvió la espalda bruscamente y libró al rey de su presencia. Pero Alfonso, aunque ofendido de la manera atrevida en que el noble jóven había espresado su resentimiento, se vió obligado en cierto modo á hacerle justicia. Comenzó á sentir cierta vergüenza por la ligereza con que se había conducido en sus ofrecimientos; y como hombre de verdadero valor y espíritu, no le desagradaba el ver que su nobleza hallaría un medio de reparar la desgracia que él mismo había causado. Al señalar á Carlo-Magno como sucesor de su trono, no había estado animado Alfonso seguramente por miras mercenarias, ni por ningun otro objeto siniestro. Un celo mal entendido, le había hecho formar tal proyecto. Como no tenia herederos á su corona, creyó que podía evitar las desavenencias y disturbios que probablemente produciría su muerte, eligiendo un sucesor durante su vida. Carlo-Magno era un rey cristiano, y el guerrero mas célebre de la época ¿Dónde se hallaría otro que con mayores ventajas condujese á sus valientes leoneses á la victoria? Además, Alfonso, en su odio irreconciliable al nombre morisco, había solicitado el apoyo del rey francés para llevar adelante su guerras con buen éxito contra los infieles. Pero desgraciadamente no era bastante político para preveer los grandes males, los efectos desastrosos que produce el llamamiento de una legion extranjera para calmar las conmociones intestinas.

Bernardo, al salir del palacio, se unió á una multitud de caballeros, todos animados del mismo fuego patriótico que le había alentado á él cuando fué á reconvenir al rey. Se diseminaron por la ciudad hinchando los aires con gritos de independencia y persuadiendo á sus conciudadanos á que se les uniesen en tan gloriosa empresa. El efecto que produjo la alarma de los guerreros leoneses fué tan instantáneo como honroso y satisfactorio para ellos. El nombre de Bernardo corría de boca en boca, y su comportamiento con el rey, lo ensalzaban aun aquellos que rendían á su soberano el mas profundo respeto y veneración. El fuego patriótico cundió como una chispa eléctrica. Toda la ciudad se puso en movimiento y pronto el entusiasmo se dilató al resto del país. Por todas partes se oían gritos de libertad é independencia, y la esperanza de un buen éxito hacia latir el corazón de Bernardo, cuando presenciaba el ardor de sus compatriotas.

A la mañana siguiente, salió Bernardo de la ciudad acompañado de tres mil guerreros, partícipes todos del entusiasmo de que él se sentía animado. Los bruñidos cascos resplandecían á los rayos del sol y la trompeta guerrera daba al aire tan belicosos sonos, que aun el mas tímido se sentía poseído del deseo de empuñar las armas. El pastor y el pacífico monje prontamente se armaron, de lo que á mano pudieron hallar primero, y corrieron á aumentar el brillante ejército de Bernardo. El glorioso pabellon azotaba los aires, representando un leon rampante en campo rojo, y manifestando el digno emblema de un pueblo independiente y guerrero. El rey Alfonso, corrido de mostrar menos patriotismo que sus súbditos, montó un soberbio caballo, y agitando su poderoso acero corrió por las calles de la ciudad, jurando por su honor, mostrarse digno de la corona que llevaba.

Pronto se le unieron todos aquellos que por falta de resolución no habían tomado parte hasta entonces en el alzamiento; y con el aumento de esta gente y la comitiva de su corte, dejó la ciudad, y se dirigió á unirse con Bernardo y sus valientes compañeros. No tardó mucho en alcanzarlos.

«Paréceme que nos siguen al galope varios grupos de caballeros, dijo don Recaredo, y bien, señores, ¿serán amigos ó enemigos?»

«¡Enemigos! don Recaredo» repuso Bernardo con una sonrisa despreciativa. «Me parece que sois muy mal adivino, si habeis supuesto por un momento que ese puñado de hombres se atreviera á provocar nuestro furor.»

«El rey!... ¡El rey!...» repitieron en este momento varias voces.

No hay duda; es don Alfonso! exclamó Bernardo en el colmo de su gozo. «Si, le conozco por su radiante armadura y por su intrépido caballo. ¡Gloria al rey don Alfonso! ha conocido su error y desea repararlo.»

El rey fué recibido con universales muestras de alegría; y si la animación del ejército era grande antes de su llegada, su entusiasmo no conoció límites, desde el momento en que el monarca abrazó la gloriosa causa de la independencia. Alfonso dió un estrecho abrazo á Bernardo en prueba de reconciliación y olvido y ocupó su puesto entre el grupo de los nobles, donde el pendon leonés agitaba sus magestuosos pliegues. El ejército, se dirigió con el mayor orden hacia las montañas del Pirineo; ese límite que ha puesto la naturaleza al suelo español, y que sus hijos deben siempre conservar intacto de la planta extranjera.

Las primeras noticias que llegaron á oídos de Carlo-Magno, sobre la marcha de Bernardo y sus compañeros las oyó con indiferencia, porque descansaba en el buen éxito que siempre había acompañado á sus armas victoriosas y en el indisputable valor y renombre de los caballeros de su corte. Sin embargo sus rosadas esperanzas se marchitaban por grados, al paso que cada uno de los últimos mensajeros, traía noticias alarmantes de la fuerza é imponente aspecto que presentaba el ejército independiente. El emperador francés, maldecía la volubilidad del rey de Leon, y pronto se dispuso el mismo para adelantarse y buscar al enemigo. Hallábase en su rededor un brillante concurso de caballeros, de los cuales los anales de la caballería, no presenta ninguno mas valiente, ninguno célebre por mas títulos. Vinieron á la conquista de España con Carlo-Magno, el inflexible almirante Guarinos, Ferragut el fiero, el cán-



Paso de Roncesvalles.

dido Oliveros, Gaiferos el hermoso, el intrépido Rolando y otra porción de apuestos caballeros, cuya reputación en las armas era muy poco inferior á las de los guerreros citados.

Las altas montañas del Pirineo resonaban con los ecos de mil canciones de guerra. Las trompetas y clarines repetían sus sonos belicosos y la suave brisa de la noche llevaba las voces de los guerreros y sus alegres risotadas hasta perderlas en la distancia.

No es posible describir el suntuoso espectáculo que ofrecieron los dos ejércitos al avistarse á la mañana siguiente. En el dilatado espacio que ocupaban, un bosque de lanzas parecía destacarse de una inmensa y brumida llanura de oro y plata. Tal era el efecto que producían los relucientes cascos, mirados desde lejos, bañados por la suave luz del sol de la mañana. Los dos poderosos adversarios avanzaron á la carga y se encontraron en el célebre paso de Roncesvalles. Nunca se encerraron en un solo campo huestes de tan bravos caballeros, ni nunca se emplearon con mas acierto las astucias de la guerra. Una nube de flechas y dardos oscureció al principio la luz del día; pero pronto desapareció y los combatientes cerrando sus filas, se confundieron en horrorosa lucha. Por largo espacio pelearon con igual bravura ambos ejércitos, hasta que reunida la nobleza francesa en un solo cuerpo, resolvió romper el ala que mandaba el rey de Leon. Los efectos de su ataque fueron semejantes al que produce una corriente de lava. Los españoles caían como otras tantas espigas de trigo. El furioso Rolando, animando á sus secuaces, se adelantaba ávidamente en busca de don Alfonso. Al cabo, habiendo llegado á su presencia:

«Falso rey,» le gritó imperiosamente: «Encomienda tu alma á Dios, porque ha llegado tu hora. La muerte será el premio de tu perfidia.»

Diciendo esto, cerró con don Alfonso, el cual hubiera quedado sin duda mal parado de tan furiosa embestida, si no hubiese acorrido en su ayuda uno de sus mas valientes caballeros; en vano es decir que este caballero fué Bernardo.

«¡Atrás, francés,» exclamó en el esceso de su furia. «Deja á mi rey y cébese en mi tu furor; yo soy Bernardo!»

Y al decir esto, arremetió á Rolando con todo el ímpetu de que era capaz. Ambos resistieron inmóviles el primer encuentro sobre sus poderosas monturas. Estas, sin embargo, no pudieron sufrir el segundo y cayeron. Los dos campeones entonces desnudaron sus aceros que pronto se hicieron pedazos al rudo choque de los tremendos golpes. En aquel momento, Bernardo apoderándose repentinamente de un hacha perteneciente á un guerrero que yacía moribundo á sus pies, descargóla con tal ímpetu sobre su contrario, que destruyendo el casco y la visera, partió en dos la cabeza del célebre caballero francés. Despues de esto, siguió Bernardo haciendo prodigios de valor, y ayudado valerosamente por sus bravos leoneses, obtuvo una completa victoria. El emperador Carlo-Magno, con los restos de su destrozado ejército, volvió á su país, para no olvidar jamás el fatal cuanto memorable paso de Roncesvalles.

Desde aquel momento el nombre de Bernardo se hizo cada vez mas glorioso en España; y las hazañas con que se distinguió en Roncesvalles fueron altamente celebradas. No obstante, en medio de tanta gloria como le rodeaba no parecía ser feliz el héroe; un ceño adusto substituyó á su antigua franqueza y agradable serenidad. Paseando un día por los jardines de palacio y abismado en profunda meditación daba de esta manera rienda suelta á sus sentimientos.

«¿Qué vale el esplendor de mis hazañas, decía, si

continuamente me persigue la oscuridad de mi origen? ¿Porqué no viene mi padre á reconocer un hijo á quien todos rinden aplauso y alabanza? ¿Pueden estar tan apagados en él los sentimientos de la naturaleza que permanezca indiferente á la gloria que yo pudiera transmitir á su nombre, si fuere tan feliz que la alcanzase? Ah! padre cruel!... No... tal vez te juzgo mal. Tal vez la ignominia de tu propia cuna te hace temer un descubrimiento fatal que pudiera oscurecer en solo un momento la brillantez de mis hechos.»

«¡Oh! Bernardo! no acuseis á vuestro padre, exclamó una voz. «¡Desgraciado! no ha sido él la causa de que vuestro nacimiento haya permanecido tanto tiempo en secreto.»

Bernardo volvióse sorprendido y vió á doña Arboyna, dama antigua de palacio, que estaba detrás de él.

«Bendigaos el cielo!» dijo Bernardo, «y bendigaos mil veces si podeis descargar mi espíritu del horroroso peso que le oprime.»

«Puedo aclararos todo el misterio; pero... añadí mirando al rededor sobresaltada, «¿Habrá alguno que nos observe? Ay! si sospechasen que habia descubierto este secreto á Bernardo, la desgracia, el castigo, la muerte tal vez serian las consecuencias de mi condescendencia. Retirémonos á un parage mas oculto.»

Bernardo obedeció impaciente. La dueña con voz mas firme, continuó:

«Si, Bernardo, un gran misterio envuelve á vuestro nacimiento; no os habeis mecido en cuna infame, aunque vuestra indignacion ha llegado á suponerlo. Ningun caballero en Castilla puede jactarse de tener progenie mas ilustre; ni aun el mas orgulloso de toda la nobleza.»

«Proseguid, noble señora, mi impaciencia puede apenas sufrir la tardanza de vuestras palabras.»

«Serenáos, Bernardo, y oireis cosas que os han de sorprender. He dicho que la sangre que circula por esas venas es tan buena como la del mejor caballero castellano y aun podía aventurarme á decir que era mas noble.»

«¡Mas noble! ¿Cómo es posible, señora!»

«Si, continuó la dueña con voz mas baja y dulce. ¿Qué diriais si esas venas fuesen nutridas por sangre de reyes?»

«Dios poderoso!» exclamó Bernardo conmovido. «¿Podría tal vez probarse mi ambicion... si... no hay duda... la atencion particular con que me mira el rey... la deferencia de ser su favorito entre los cortesanos, y otros mil accidentes, justifican el presentimiento que alimentaba mi esperanza. Es, pues, el rey Alfonso...» no se atrevió á concluir; pero doña Arboyna adivinando su pensamiento, le contestó:

«No, no es el rey vuestro padre, y sin embargo, una misma sangre circula por las venas de entrambos. Escuchad, Bernardo, la historia de vuestro nacimiento; desgraciadamente está llena de horrores y desdichas. El miedo me ha obligado hasta ahora á guardar un profundo silencio, pero no quiero ser con vos injusta, ni ingrata á los beneficios de vuestra madre.»

«¡Mi madre! ¿quién es? ¿Dónde está?»

«¡Ay! prorumpió la dueña bajando la cabeza tristemente «murió hace pocos meses: infeliz señora! mucho sufrió y muy profundos fueron sus dolores! pero ahora está en el cielo y goza el premio que alcanzaron su virtud y sus padecimientos.»

Las lagrimas interrumpieron por un momento la narración de la sensible dueña; luego continuó:

«Doña Jimena, vuestra madre, era la única hermana del rey Alfonso que la amaba con el afecto fraternal mas puro, hasta el momento que se hizo odiosa á sus ojos, por haber concebido una pasion que él desaprobaba en el mas alto grado. Entre los apuestos caballeros de la corte

de este rey cruel, había uno mas arrogante que todos; el primero en valor é intrepidez; el primero tambien en cortesania y gentileza. Basta decir, que solo tan perfecto caballero, podía despertar el amor de una princesa. Y así sucedió. Doña Jimena, se sintió vivamente enamorada del conde de Saldaña; este era el nombre del caballero; y en cuanto á él, no estaba en verdad, menos cautivado de los encantos de la infanta. El rey, que sin duda es mas puro en todos sus pensamientos y que odiaba al amor como á la muerte, tenía proyectado fundar un convento de monjas, por cuya abadesa había elegido á su hermana. Estos planes ya debeis suponer, que cuadraban muy mal con el gusto é intenciones de doña Jimena, interesada como estaba por el noble conde de Saldaña. Aquí comienzan las desventuras; la infanta conociendo demasiado bien que el rey su hermano, se opondría eternamente á su enlace con el conde, no de otra suerte que si le hubiesen obligado á él á unirse con el mismo diablo, resolvió guardar el secreto de su inviolable amor; casóse con el caballero clandestinamente, y resultó lo que suele ser perjudicial á secretos femeniles de tal naturaleza. Nacisteis vos y el secreto no pudo guardarse por mas tiempo. El rey en el esceso de su encono amenazó matar á la infanta, á su esposo, á su inocente hijo y aun á mí, aunque yo estaba tan inocente como el niño; excepto y salvo el haber sido la confidente de sus amores, del casamiento y de lo demás. Ay! Dios me libre! no, no tuve la menor parte en nada.»

«Bien, bien,» interrumpió Bernardo con impaciencia; «pero ese rey bárbaro puso en ejecución sus amenazas?»

«No ciertamente; porque, como veis, yo no estoy muerta, vos tampoco, y aun viviera vuestra madre si hubiera podido sobrellevar por mas tiempo sus pesares; en cuanto al conde, vuestro noble padre, vive todavía; aunque el desdichado lleva una vida harto lamentable, porque el rey no cedió del todo en su venganza.»

«¿Y que hizo?»

«Nada bueno, en verdad; ¿pero que otra cosa podíamos esperar? ciertamente cuando vi que me había escapado con la vida, no cesé de enviar mis preces á la virgen santísima. Pero no debeis suponer que todos fuimos igualmente afortunados; por que apenas nacisteis os arrebataron á vuestros desgraciados padres. Este fué el primer acto de Alfonso; no cediéndole el segundo en crueldad. Inmediatamente desterró al conde al castillo de Luna, donde está oculto desde entonces. ¿Y cuál creéis que fué la suerte de vuestra tierna madre? No fué mucho mejor, seguramente; pero esto no me cegó de sorpresa. El rey, que tuvo tantos deseos de que su hermana fuese abadesa antes de su casamiento, se empeñó doblemente en ello cuando vió que se había entregado al conde, sin pedirle su asentimiento. ¡Ah! ¿porque no lo hizo la pobre señora? No porque faltase al respeto en lo mas mínimo á su augusto hermano, sino porque estaba intimamente persuadida de que jamás alcanzaria su permiso. De modo que doña Jimena fué encerrada en un convento, donde la infeliz permaneció en la amargura hasta que dejó de existir.»

Tan sorprendido quedó Bernardo al escuchar la narración de doña Arboyna, que estuvo algun tiempo indeciso sobre el partido que debería tomar. Entre tanto la timorata dueña le suplicaba ardientemente que no vendiese su secreto. Absorto sin embargo Bernardo por el descubrimiento que acababa de hacer, no prestaba atención alguna á sus ruegos, sino que lleno de indignación y sentimiento resolvió presentarse al rey, y reconvenirle por su conducta indigna hacia el conde y doña Jimena.

Con la temeraria impetuosidad anexa á su carácter, fué á la presencia del rey, sin esperar á que se le anunciase en otra ceremonia alguna. Alfonso se levantó sumamente disgustado al ver la brusca entrada y altanero aspecto del joven caballero.

«¿Que es esto, don Bernardo, los triunfos que alcanzaste en Roncesvalles, han inflamado tanto tu orgullo, que te han hecho olvidar el respeto que se debe al rey de estos estados?»

«No se me puede exigir, replicó Bernardo indignado, respeto alguno hacia el rey de Leon desde que ha llegado á mi noticia la villanía de su conducta. ¿Dónde está mi padre? ¿Pudo nunca su ofensa, si es que puede llamarse así, merecer el cruel castigo que sufre? Recordad el paso de Roncesvalles..... los servicios que allí os hice fueron tan grandes, como inmerecidos. Me ofrecisteis una gracia cuando salvé vuestra vida del furor de Rolando. Este, pues, es el momento de cumplir vuestra real palabra, si de algo vale la palabra de un rey tan despiadado para los suyos como injusto para todos.»

La desesperación del rey llegó á su colmo al ver la altivez de Bernardo.

«Atras el insolente, gritó. ¿Qué arrogancia es esta? ¿Qué podía yo esperar de la hechura de un traidor!

«Mi padre no fué traidor! ¡Cortada se vea la lengua que ha proferido tal calumnia! Si cualquier otro, excepto el rey, la repitiese, vive los cielos que había de participar la suerte de los que probaron la fuerza de mi brazo en Roncesvalles. Ahora bien, señor, antes que espire el día, exijo el cumplimiento de la gracia prometida. Sacad á mi noble padre del castillo de Luna, donde ha sido tan cruel é injustamente desterrado. Esta es mi petición. Concedédmela y cesará la indignación de Bernardo que está siempre mas dispuesto á amar que á aborrecer. Dádme á mi padre, y mi brazo, y mi sangre y mi vida, todo será vuestro despues.»

«Desprecio tan arrogante ofrecimiento, exclamó el rey: v sepa Bernardo que no impunemente se provoca el odio ó se abusa del demasiado sufrimiento del rey Alfonso.

«Tu sufrimiento y tu odio, me son igualmente despreciables» interrumpió atrevidamente el caballero; pronto, falso rey, te arrepentirás de tus injusticias y crueldades. Ahora parto de aquí, pero desgraciado el día en que Bernardo vuelva á la corte de Leon.

La admiración y el respeto que rendían á Bernardo los caballeros y el pueblo de Leon, eran tales, que á pesar de las órdenes del rey, ninguno se atrevió á oponérsele al paso. Por consiguiente sin obstáculo de ninguna especie, salió de la ciudad y se retiró al castillo del Carpio. Allí ordenó que todos sus vasallos se le presentasen armados, é invitó á todos sus amigos de la nobleza á que apoyasen su causa contra el cruel monarca. Sus órdenes fueron puntualmente obedecidas, sus amigos correspondieron á la invitación, sus vasallos volaban á alistarse en su bandera; y numerosos apuestos caballeros, seguidos de sus escuderos y partidarios, cruzaban diariamente el camino del castillo del Carpio.

Hallándose, pues, Bernardo en posición de pelear contra el rey, comenzó sus hostilidades, con los resultados mas funestos para los leoneses. Saqueó los pueblos de Alfonso y parecia infatigable en la prosecución de su venganza. El rey envió un cuerpo de caballería contra el rebelde, el cual los hizo volver ignominiosamente á Leon. Por mucho tiempo continuó así Bernardo una guerra vergonzosa contra su soberano, quien resolvió por último poner sitio al castillo del Carpio, con cuyo objeto comenzó á hacer los mas eficaces preparativos. Juró que no volvería á Leon sin nivelar el castillo con la tierra y humillar á su orgulloso señor. Este, desde las altas murallas de su fortaleza, contemplaba á su enfurecido enemigo y desafiaba su poder.

El sitio duró algun tiempo, pero sin la mas leve esperanza de triunfo para los sitiadores. Ultimamente el rey propuso las negociaciones para la paz, que Bernardo admitió sin vacilar un momento. Se estipuló que Alfonso entregaria el conde de Saldaña á su hijo, por lo cual se rendiria el castillo del Carpio y seria desde aquel mo-

mento propiedad del rey. Concluido el tratado, el augusto tío y el intrépido sobrino celebraron una entrevista, en la cual se abrazaron cordialmente en prueba de reconciliación. Entretanto se enviaron mensajeros á Leon con las instrucciones del rey, para que se condujese al campo al conde de Saldaña; despues de lo cual, entrambos ejércitos, sitiado y sitiador, volvieron á su antigua actitud hostil, hasta que apareciese el inocente autor de la contienda y se celebrase el cumplimiento del tratado.

Con la natural ansiedad de un corazon generoso, deseando entregarse á los sentimientos filiales ignorados hasta entonces, esperaba el valiente Bernardo la llegada de su padre. Día tras día y hora tras hora no cesaba de pasear por los altos murallones de su castillo, tratando de descubrir desde lejos la aproximación de la comitiva. Al fin lo consiguió y su corazon sintió una emoción desconocida hasta entonces para él. Toda la guarnición del castillo se apresuró á asomarse á la muralla, y los aires repetían los gritos de gozo del joven héroe.

Inmediatamente los gloriosos ecos de las trompetas, anunciaron el feliz suceso y el castillo se vió en un instante coronado de banderas y pendones pertenecientes á todos los caballeros que habían abrazado la causa del de Carpio. Iguales demostraciones de respeto se notaban en el campo de los sitiadores; todo el ejército estaba dispuesto á recibir al noble conde de Saldaña con los debidos honores. El rey envió una espléndida embajada ofreciendo á Bernardo y sus caballeros, que se adelantasen á recibir á su padre. Bernardo del Carpio, armado con la mas luciente malla, seguido de sus bravos campeones, dando al aire sus pendones gloriosos y al son de mil alegres músicas, salió de su castillo. Aproximóse al rey y allí se renovaron los votos de amistad y concordia. Bernardo con la mas respetuosa gratitud, besó la mano del rey. «Este es un día de gloria, mi buen Bernardo,» dijo Alfonso «nuestras contiendas que tan perjudiciales han sido para Leon han llegado á un término feliz ¡Bendita sea mil veces la Providencia eterna.»

«El castillo del Carpio, con que recompensásteis mis hazañas en los campos de batalla, os entrego lleno mi corazon de gozo y reconocimiento, Don Alfonso. Vuestros caballeros y vasallos pueden, desde luego, tomar posesión de una fortaleza que la experiencia os ha hecho conocer no ser un don de escaso valor.»

«Viniendo de ti, amado sobrino» contestó el rey, con afable sonrisa, «es doblemente digno. Don Garci Nuñez, vé con tu gente y ocupa el castillo en mi nombre.»

La entrega del castillo se efectuó y Bernardo con su brillante comitiva, se adelantó á abrazar á su deseado padre. Al acercarse entrambas partes, notó el joven guerrero que el conde montaba difícilmente su caballo, lo cual atribuyó á su debilidad. ¡Desdichado! exclamó con las lágrimas en los ojos, mirad, nobles señores, mirad el doloroso estado á que se vé reducido por las crueldades del rey de Leon, el modelo de la caballería española!

En esto apresuró el paso y su corazon latía con mas fuerza cuanto mas se acercaba al objeto de su tierno cariño. Saltó rápidamente del caballo, y corrió á besar la mano de su padre. No sin gran estrañeza notó que apesar de todas estas demostraciones, el conde no parecia reconocer á su hijo. Pero su asombro y su horror llegaron al mas alto grado, cuando cogiendo la mano del conde la halló abandonada, fria, y pesadamente sobre las suyas. Tornó entonces sus amorosos ojos hácia el rostro en que creia ver pintada la sonrisa de la dulzura paternal; pero solo vió la huella de la muerte impresa en él, los labios lividos, los ojos hundidos, la megilla descarnada, todo hizo sospechar á Bernardo un acontecimiento horroroso.

«Está muerto, exclamó en la amargura de su pena. Y ese rey falso añade esta burla terrible y dolorosa á todas sus infames crueldades!» Dirigiéndose entonces á los restos mortales del conde, prosiguió con voz mas dulce y tierna:

«¡Ah! don Sandiaz, en mal hora naciera el desventurado Bernardo! mi ansiedad por salvaros ha apresurado el término de vuestra existencia miserable! Mi desdicha es completa! No puedo vengar esta abominable traición. Habeis sido infamemente asesinado, he entregado mi castillo, todo se ha perdido para siempre!»

Sus compañeros llenos de sorpresa y de indignación por la doblez del rey, le animaban á que satisficiera su venganza y atacase de nuevo á don Alfonso y á su ejército. Pero el valor de Bernardo habia decaído y únicamente los últimos deberes filiales ocupaban su corazon. Determinó, pues, celebrar con la pompa debida, las exéquias de aquel padre que á pesar de todos sus esfuerzos no habia podido proteger en vida.

«Valientes y fieles compañeros, les gritó, el día de la venganza no está lejos; y os juro aqui en presencia de las cenizas frias de mi desdichado padre, que ha de ser tan completa, como infame la ofensa recibida. Seame el cielo tan propicio, como yo seré fiel en cumplir mi juramento.»

Los funerales del conde de Saldaña se efectuaron con toda la magnificencia que exigian su rango y las glorias de su hijo. Esta triste ceremonia escitó los sentimientos mas tiernos entre todos los compañeros de armas y amigos de Bernardo del Carpio; en cuyo semblante alternaba la espresion del mas profundo sentimiento con la de la furia mas escesiva. Concluido el acto, salió de la iglesia, y acompañado de algunos caballeros, intrépidos y resueltos como él, se dirigió á palacio donde el rey daba audiencia pública.

Bernardo atravesó por medio de la inmensa multitud y se adelantó hasta el mismo pie del trono.

«¿Eres en realidad un hombre? le dijo indignado, ó es que la naturaleza se burla de nosotros dándonos un demonio en figura de rey? Falso cristiano é indigno caballero, á tu pesar has de oír los insultos y maldiciones de Bernardo á menos que algunos de los que te rodean quiera tomar á su cargo tu defensa.»

En esto Bernardo tiró con arrogancia su guante; pero ningun caballero se adelantó á cogerlo. Entonces con una sonrisa de desprecio continuó:

«Ya lo ves, entre tus mas allegados partidarios, no hay uno que quiera combatir por tí! Por medio de una falsa y vil estratagema me has arrebatado mi castillo del Carpio; pero sabe, Alfonso, que mientras Bernardo pueda esgrimir su acero, no necesita fortalezas para que su nombre haga temblar á infames y mal nacidos como el rey de Leon. Aqui he venido á renunciar á toda alianza, á toda amistad contigo en adelante, y no será seguramente el moro infiel, enemigo mas implacable de tu reino que Bernardo. Adios, jamás intentes buscarme á no ser con la lanza y el escudo. Vamos, valientes compañeros, salgamos de una corte, donde el enemigo mismo enseña sus diabólicas arterias.»

Al decir esto, marchóse bruscamente, dejando á los espectadores de la escena asombrados de tanto atrevimiento.

«¿Cómo!» exclamó el rey indignamente avergonzado, «no hay ningun caballero que defienda la causa de Alfonso?»

Todos los nobles guardaron un profundo silencio. Bernardo y sus amigos, no volvieron á presentarse en la corte de Leon, durante el reinado de Alfonso. El héroe dedicó su vida á los grandes hechos de armas que han alzado su nombre á tanta altura en historias y romances. Ninguna noticia ha llegado á nuestros tiempos, de la manera en que murió.

La vida de Bernardo del Carpio, está tan llena de aventuras románticas y hasta cierto punto increíbles, que algunos historiadores la han juzgado como fabulosa. Sin embargo, esa opinión no está del todo fundada, porque no hay una razón suficiente para dudar ya de su existencia real, ó de la verdad de muchas de sus aventuras extraordinarias.

T. DE TRUEBA Y COSIO.

Traducido del inglés, por C. de Iturralde.



Bernardo tiró con arrogancia su guante.

ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

GUSANOS DE SEDA.

La palabra seda que se aplica á un producto originario de la China, remóntase sin embargo por etimología al nombre de una ciudad de la India, donde la industria de la seda principió, desde los mas remotos tiempos, á adquirir notables desarrollos. En Sérica, provincia de Seres (Serinda, hoy el país del Pequeño Tibet), fué donde esta industria alcanzó al principio un alto grado de esplendor, lo que hizo que los griegos adoptasen el nombre de *Sere*, *Seres*, y los romanos el de *Sericum*, para designar esta preciosa sustancia. La seda es sin duda ninguna, uno de los mas bellos productos de la industria humana, y no solamente ocupa el primer lugar en las aplicaciones útiles de la ciencia agrícola y de las artes mecánicas, sino que debe considerarse tambien como el resultado de las mas sublimes concepciones del genio del hombre. El que por la primera vez viese esas brillantes telas, cuyo uso ha llegado á ser tan vulgar

entre los pueblos civilizados; el que ignorando el origen natural de donde proceden, se preguntase á sí mismo, ¿cómo ha podido formarse un tegido tan fino, un cuerpo tan ligero, tan flexible y al mismo tiempo tan fuerte? podría suponer que un gusano ha hilado su primer elemento, y que la mano del hombre, por medio de ingeniosas combinaciones, ha logrado hacer de él un compuesto tan perfecto? En esto como en todas las cosas, el primer esfuerzo de la industria ha sido precedido de un descubrimiento. Pero para sacar partido de este descubrimiento, ¿cuántos obstáculos no habrá sido preciso superar! Al mismo país que ha inventado la imprenta, la brújula, la pólvora, los pozos artesianos, el alumbrado por medio del gas hidrógeno natural, &c. &c. á la China debe la Europa tambien, el beneficio de la seda. El cultivo de la morera y la educación del gusano de seda se practicaban en China, cerca de dos mil setecientos años antes de nuestra era. Como es sabido, este pueblo tenia en grande estimación á la agricultura, pero ninguno de sus ramos era objeto de cuidados mas exclusivos que el que se refiere al cultivo del árbol que allí se ha llamado el *árbol de oro*, el *árbol dotado de la bendición de Dios*.

De la China la industria de la seda pasó inmediatamente a la India, donde hizo rápidos progresos. Todas las tradiciones nos dicen que desde tiempo inmemorial la India confeccionaba los admirables tegidos de cachemira. De la India, la industria de la seda pasó a Persia y se propagó en seguida por diferentes puntos del Asia, a que no poco contribuyeron las conquistas de Alejandro. Creemos inútil hablar del comercio que hicieron los fenicios con las telas de seda del Asia. Hacia el año 527 volviendo dos religiosos de las Indias a Constantinopla, trajeron huevos de gusanos de seda, cuya preciosa importación, se apresuró a acoger con la mayor alegría, el emperador Justiniano, y a su gran cuidado y estímulo se debe que las manufacturas se llevasen al mayor grado de prosperidad en Atenas, Tebas y Corinto; de modo que la industria tomó rápidamente el mayor desarrollo en esta parte de Europa, siendo una fuente de riqueza, y llegando a ser mas adelante, según dice Montesquieu, uno de los mas firmes apoyos del imperio romano.

En 1150, Rogerio, rey de Sicilia, en su conquista de la Grecia, arrebató a este país esta bella industria que florecía en él después de 600 años, y la trasportó a Palermo, de donde se propagó a Italia, mientras que por otra parte los árabes, que se dedicaban a ella con el mejor éxito, la introducían en España. Pero la Francia no recibió su beneficio hasta el año de 1440, bajo el reinado de Carlos VIII habiéndose hecho, según dicen, las primeras plantaciones de moreras en el Delfinado. Sin embargo, si hemos de dar crédito a algunas crónicas, se introdujo el cultivo de este árbol, a mediados del siglo XIII en el condado Venaissin, colocado directamente entonces bajo la soberanía de los papas. Habiendo ya hecho la industria de la seda rápidos progresos en Italia, y siendo las ciudades de Pisa y Luca, rivales de Palermo y de otras ciudades de la Sicilia, natural era que los papas tomaran la iniciativa de esta útil importación en las comarcas donde entonces habían fijado su residencia. Pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que después de la conquista del reino de Nápoles en el siglo XV, se introdujeron en el Delfinado las moreras y los gusanos de seda; y todavía algunos grandes señores de esta provincia enseñan viejos troncos que tienen solamente algunas hojas secas, y las cuales dicen que provienen de las primeras que se plantaron en Francia.

Los reyes de Francia protegieron en todos tiempos la propagación de este cultivo y de esta preciosa industria. Luis XI y Francisco I la estimularon con sus esfuerzos, principalmente el segundo, bajo cuyo reinado tomaron las manufacturas de seda en Francia cierto acentuamiento, si bien sus procedimientos de fabricación no se aplicaban todavía mas que a las sedas importadas de Italia y de España. Pública y notoria es la señalada protección que en todas épocas dispensaron los monarcas españoles a este ramo de industria, ora disponiendo magníficos y aun puede decirse suntuosos edificios para fábricas y talleres, ora dispensando a los artesanos, que a esta clase de manufactura se dedicaban, muchas esenciones y privilegios, y aunque pudiéramos citar muchas ciudades que han debido gran parte de su prosperidad y riqueza a este ramo de industria, solo lo haremos de las principales, por no hacer demasiado extenso este artículo.

Principiemos, pues, por Talavera de la Reina, cuya fábrica de sedería se planteó en 1749 por cuenta de la real hacienda, la cual aunque establecida al principio con corto caudal, se fué aumentando progresivamente con la habilitación de edificios, compras de máquinas y obra hecha. Esta fábrica está dividida en cinco edificios separados, aunque inmediatos, y uno en Cervera distante una legua de la villa, destinados todos a diferentes operaciones. Permaneció administrada por la real hacienda hasta el año 1762 que la tomó por su cuenta la casa de

Ustariz y compañía del comercio de Cadiz, y siguió así hasta el año 1778, que volvió otra vez a ponerse bajo la dirección de la real hacienda, que la cedió en 1783 a los cinco gremios mayores de Madrid. La época de su mayor prosperidad, fué desde el año 1760 hasta el de 1790, que principió a decaer. La cosecha de seda que se hacía entonces en Talavera y diez leguas en contorno, ascendía a 25,000 libras, que a escepcion de la mas ordinaria, que se vendía hilada, toda se trabajaba: llegó a tener trescientos telares y ocupadas dos mil personas, incluidos los niños y mugeres. Los libros de muestras de lo que se trabajaba, dan una idea de la hermosura, igualdad y gusto de las telas, y de la gran variedad de toda clase de galonería. En el día está en la mayor decadencia; la cosecha de seda es de 3,000 libras, trabajan un s veinte telares y se ocupan en ellos unas cien personas que apenas ganan su subsistencia, sin que rindan utilidad, antes bien quebranto a la compañía, y todo anuncia una próxima y total ruina.

No ha sido menor la decadencia que han sufrido en Toledo sus antiguos y vastos establecimientos de sedas, terciopelos, tisues y demas objetos preciosos, que hoy han quedado reducidos a unas cuantas fábricas particulares, tanto para la elaboración de la seda, como para sus tintes. Los que por estenso quieran investigar las causas de esta lastimosa decadencia, pueden consultar las memorias políticas y económicas de don Eugenio Larruga.

La industria de Sevilla recibió tal vuelo con las exportaciones a América, que la noticia, tal vez exagerada de sus fábricas, parece a muchos fabulosa. En una representación hecha en 1700 por los gremios de seda al ayuntamiento de esta ciudad, lastimándose de la decadencia a que habían llegado entonces, se asegura que los telares pasaron en el siglo anterior de 16.000, y así lo dijo la ciudad en otra, que dirigió sobre el mismo objeto al señor don Felipe V, número repetido en varios documentos y esposiciones, y que por mas que se rebaje dará siempre una idea extraordinaria de la prosperidad a que llegaron estas manufacturas. En un discurso de don Martin de Ulloa, impreso en las memorias de la Sociedad económica en 1779, se dice que había en este tiempo 2,518 telares, cuya suma, aunque muy inferior, mas exacta sin duda, aun distaba mucho de la ruina casi total a que los han traído las últimas vicisitudes. La preferencia dada a los tegidos franceses, y el desuso a fines del siglo pasado de los trages de las limeñas, formados de las cintas llamadas grisetas y tisues, aceleraron primero la caída de estas fábricas, que la insurrección de aquellos países ha completado posteriormente. En el día solo existen unos 153 telares y 28 bajos de mugeres, en que se labra listonería, los cuales solos pasaban de 800 en 1794. De los primeros, 4 son de tela de oro y plata, 16 de sargas, 20 de tafetanes, 6 de tabinete de seda y algodón, 27 de pañuelos, 12 de galones de metal fino, 20 de cintas y franjas de colores, y 50 de máquina, en que se tejen muchas urdimbres a un tiempo, todo de seda.

No deberemos pasar en silencio los magníficos establecimientos que a esta industria ha dedicado la ciudad de Barcelona, si bien han sufrido en los últimos tiempos la paralización consecuente a las vicisitudes y trastornos políticos de la guerra pasada y posteriores de la península. Sin embargo, las fábricas de sedería correspondientes a los gremios de terciopeleros y veleros de seda, adquiriendo las máquinas y métodos mas modernos y perfeccionados que usan los estrangeros, llegaron a ponerse al corriente de las mas adelantadas de Europa, tanto en la solidez de los tegidos, como en la brillante variedad de los colores, y elegancia y buen gusto de los dibujos. La máquina para tejer estofas labradas llamada a la *Jacquard* perfeccionada por *Mr. Belly de Lion*, en 1816, con privilegio esclusivo, fué desde luego conocida y empleada en esta ciudad, y en la actualidad se hallan sobre

300 de ellas de varias numeraciones, en los talleres de estos dos gremios, y 800 telares al estilo antiguo, siendo á lo menos la mitad de los que llaman de *punteria*. Se halla tambien una fábrica para sacar la seda del capullo y torcerla, cuya labor no cede á la mas delicada del Piamonte. Las fábricas de galones y cintas de todas clases y labores son numerosas, y siguen igualmente en perfeccion y gusto, el variado capricho que decide el consumo.

La ciudad de Granada era muy industriosa en tiempo de los moros, con cuya espulsion decayeron considerablemente sus ricas fábricas; y aun cuando posteriormente en tiempos de Carlos III se trabajó con mucha perfeccion y gusto el ramo de las sedas, sus fábricas sin embargo no dejaron de resentirse de los rápidos progresos que hicieron las de Valencia. Ademá el comercio de aquella ciudad, ha recibido un golpe terrible con el reciente incendio de la famosa Alcaiceria, donde se conservaban los restos de su antigua prosperidad y riqueza en el ramo de sederias.

La elaboracion de la seda ha sido en todos tiempos el articulo mas privilegiado y lucrativo de la industria fabril de Valencia, y á él ha debido notables épocas de movimiento y esplendor comercial. En tiempos de Carlos III los cinco gremios de Madrid trasladaron á su recinto parte de sus capitales, para emplearlos en la construccion de talleres destinados á tan precioso artefacto. La abundancia y finura de las primeras materias, el gusto y calidad de los tegidos, diéronle tal preponderancia que hicie-

ron decaer los establecimientos de Granada, Toledo, Córdoba y Sevilla, y aun otros de naciones extranjeras; porque imitaban con tanto acierto las manufacturas de Leon de Francia y terciopelo de Italia, que los preferian los negociantes de América á los que les habian servido de modelo. Compréndese fácilmente en vista de esto que pasasen de 30,000 personas las que subsistian de este ramo, abasteciendo no pocos mercados de Europa y todos los de la América española.

La provincia de Córdoba produce unas 4,000 libras de seda, que se emplean en torzales y seda para coser, en la fabricacion de felpas y cinteria angosta, y alguna parte en tegidos anchos, principalmente en tafetanes.

Vese pues, por esta ligera reseña histórica de los progresos que en diferentes paises ha hecho este inapreciable ramo de industria, que tal vez ha sido la España el pais en donde mas ha prosperado, siendo de esperar que cuando se afiance la paz y haya un gobierno que desembarazado de las atenciones políticas preste su celo, su apoyo y su proteccion á la industria, hoy tan decaida entre nosotros, recobre la de la seda su antiguo esplendor y auge, abriendo así un nuevo cauce á la riqueza pública.

Pasemos ahora á analizar los diferentes procedimientos mecánicos empleados para sacar la seda de sus primeros elementos, y componer con ellos esos tegidos, cuya utilidad, consistencia y brillo tanto admiramos, dando la preferencia al sistema empleado en China por ser el mas perfecto y el que promete mejores resultados.

Ante todas cosas conviene tener presente que la



Educacion de los gusanos de seda en China.

educacion de los gusanos de seda no puede prosperar sino por el socorro de otra industria, el cultivo de la morera, así como este no puede establecerse sino en los lugares donde este árbol puede ser útil, es decir aquellos donde se educan los gusanos.

Como todos los insectos, el gusano de seda ofrece cuatro metamorfosis: primero se presenta bajo el estado de *huevo*; los calores de la primavera le hacen empollar bajo la forma de una *oruga*, que crece poco á poco y cambia tres ó cuatro veces de piel segun las variedades. Esta oruga al cabo de veinte y cinco ó treinta dias, cuando ha llegado al máximo de su crecimiento cesa de comer hasta el fin de su vida, y se desocupa de sus excrementos, con los que hila un capullo dentro de el cual

se encierra, y se pone al abrigo de sus enemigos y de las impresiones exteriores, para convertirse en una *crisálida* ó *ninfa*, especie de muerte aparente, durante la cual el insecto está como envuelto y fajado, por espacio de quince ó veinte dias, y privado de locomocion. Al fin rompe sus envolturas y aparece armado de cuatro alas, de cuernecillos y patas; el macho busca á su hembra, se une á ella y convertido en verdadera *mariposa* llamada *bombyx mori*, la muerte termina pronto su corta existencia (menos de dos meses). Nos abstendremos de describir las formas de las partes de este animal, porque este asunto es mas bien del resorte de los tratados de historia natural, y nos limitaremos solo á los pormenores de educacion y de economia rural.

Los huevos ó *simientes* del gusano de seda están revestidos de un licor que los pega á la tela ó al papel donde la madre los ha depositado. Para despegarlos se sumergen en agua fresca, y en seguida se ponen á secar, procurando que no sea en parage húmedo, y á la temperatura de 10 á 12 grados.

Cuando los calores principian á dejarse sentir, en abril, es menester tener mucho cuidado para que los huevos no empollen antes de que broten los primeros retoños de las moreras que han de proporcionar el alimento á los gusanos; y es tanto mas importante retardar este momento, cuanto que conviene hacer empollar á un tiempo todos los huevos.

Al efecto se reúnen los huevos en muñequitas de trapo muy apretadas, del peso de una onza poco mas, ó menos, que las mugeres cuelgan de su cintura y colocan bajo sus almohadas, ó bien se colocan en una estufa cuyo calor se hará subir poco á poco hasta veinte y cuatro grados. El trabajo de la naturaleza dura de ocho á diez dias, al cabo de los cuales se vé salir al gusano.

Estiéndese entonces sobre la simiente una hoja de papel lleno de agujeros que tengan una linea de ancho, por donde han de pasar los gusanos para caer sobre las hojas de morera colocadas debajo. Estas hojas cargadas de gusanos se conducen en un canastillo de mimbre cuyo fondo esté guarnecido de papel gris. Esta recolección se renueva dos veces al dia. El sitio donde se educan los gusanos debe ser un edificio ventilado, al abrigo de la humedad, del frio y del demasiado calor, de los ratones y demas animales nocivos. Por cada veinte onzas de simiente debe tener la sala 50 pies de largo y 76 de ancho y ademas chimeneas para calentar y ventilar la habitacion. Las ventanas deben estar cerradas con vidrieras, y la temperatura no debe bajar de 15 grados, si bien puede subirse hasta 26 y mas todavia; pero la temperatura ordinaria es de 16 á 24 grados. Es menester tener cuidado de que una corriente de aire purifique la atmósfera de las emanaciones fétidas de las orugas, de sus excrementos y del deterioro que las hojas experimentan. No les es desfavorable la luz como algunos piensan, y antes bien debe considerarse como ventajosa bajo diferentes conceptos.

El andamio de tablitas sobre las cuales se crían los gusanos de seda, se compone de tantos pies derechos

unidos por medio de travesaños, cuanto el espacio permita, procurando que la distancia de unos á otros, sea de seis pies. Fíjanse estos pies derechos en el suelo y el techo, uniéndose á ellos los travesaños, sobre los cuales se colocan tablas ó esteras. La primera tabla dista 18 pulgadas del suelo, bastando 15 de espacio entre las demas; es menester tener tambien una enfermeria para trasladar á ella los gusanos enfermos.

Para criar los gusanos, cuando son jóvenes bastan unos simples canastillos de mimbres, pero á medida que crecen necesitan mas espacio y mas alimento, procurando no acumular demasiados en un punto. La abundancia de las hojas debe ser proporcionada á la edad de los gusanos. Antes de cada muda el apetito de estos es mas vivo, despues cesa de repente y caen en languidez, pero se reaniman despues de haberse despojado de su piel.

Es menester suprimir poco á poco las hojas de papel del fondo de los canastillos para dejar pasar el aire por los resquicios de las mimbres. Despues de la segunda muda, los gusanos tienen de longitud seis lineas, y entonces se los transporta al gran obrador, donde se depositan sobre hojas frescas, que hay que renovar de seis en seis horas.

Para facilitar el modo de quitar las camas á los gusanos, limpiarlos, separarlos de los enfermos y muertos, se valen los chinos de redes. En todas las fases de su existencia están sujetos los gusanos á diversas enfermedades, siendo las principales el seño, calcino ó moscardino. (1)

El gusano cuando llega á su quinta edad cesa de comer, se desocupa de sus excrementos, pierde parte de su volumen, abandona las hojas, quiere trepar por los pies derechos y ocultarse en un lugar aislado, y entonces es cuando se pone á hilar su capullo, en cuya fabricacion invierte tres ó cuatro dias.

La materia de la seda es líquida en el cuerpo del gusano, pero se endurece al aire, y el gluten que la barniza pega las fibras unas á otras. En la época natural (á los 18 ó 20 dias) se desarrolla la mariposa, rompe su capullo chocando su cabeza con violencia contra el tegido en uno de los extremos que ha humedecido, y cuyas

(1) El señor Rossi en su tratado sobre la cria de gusanos de seda, habla estensamente de estas enfermedades, y de los medios que deben emplearse para precaverlos de ellas.



Educación de los gusanos de seda en China.

fibras separa con sus patas. Recójense estas mariposas y se las coloca sobre un pedazo de estameña usada, donde depositan los huevos.

La seda es ordinariamente amarilla, algunas veces blanca, y otras verde manzana. La blanca que proviene de una variedad de gusano de la China, es preferida, porque no hay necesidad de hacer ninguna operación para quitarle el color.

La experiencia ha demostrado que quince hojas de morera, dan una de capullos en peso, y que cien kilómetros de capullos, dan 8 de seda hilada, cuando la operación se ha hecho bien. Una onza de simiente produce 80 libras de capullo. La seda de un capullo pesa dos granos y medio, y su hilo tiene la longitud de 700 á 1,400 pies, lo que basta para dar una idea de su estrechada tenuidad.

La educación de los gusanos de seda en China está casi exclusivamente confiada á las mugeres, que antes

de tomar posesión de este oficio se lavan muy bien y se ponen un vestido que no tenga ningún olor desagradable; deben haber pasado algún tiempo sin comer, y sobre todo, no han de haber manoseado escarola, porque el olor de esta planta es muy perjudicial á los gusanos jóvenes. Su traje debe ser de una tela sumamente ligera, á fin de poder juzgar mejor del grado del calor, y disminuir ó aumentar el fuego en la habitación.

Cuando llega el momento de hilar, se colocan los gusanos en una especie de galería de madera, cuyo interior sea muy claro, dejando suficiente espacio para el paso de un hombre y para mantener en medio de esta habitación un fuego moderado, mas necesario que nunca contra los inconvenientes de la humedad. El fuego no debe tener mas calor que el puramente necesario para mantener á los gusanos en el ardor de su trabajo, y hacer la seda mas trasparente.

Para devanar los chinos la seda, colocan los capullos



Modo de devanar la seda en China.

en un vaso oradado con muchos agujeros, y se los espone al vapor del agua hirviendo de modo que puedan impregnarse de ella. Un operario chino devana la seda una hora entera sin romper un solo hilo, porque los tornos de este país son mucho mejores que los de Europa y menos molestos, consistiendo solamente en tres ramas de bambú y una rueda común. Luego que la seda está devanada, se la coloca en telares mas ó menos parecidos á los nuestros.

Para sus tegidos de oro, los chinos no entrelazan con la seda hilos de aquel metal, sino que cortando en pedacitos una ancha hoja de pan de oro, los enrollan con mucha destreza al rededor del hilo de seda. Aunque estas telas tienen mucho brillo recién hechas, lo pierden apenas les dá el aire, de modo que no pueden servir para hacer vestidos con ellas, y solamente las gastan los mandarines y sus mugeres, si bien hacen poco uso de ellas.

Las telas de seda mas comunes en China, son las gasas que sirven á los chinos para sus vestidos de verano, los damascos de toda clase de colores, los rasos negros de Nankin, los tafetanes y brocados, las felpas y diferentes clases de terciopelos. Las dos telas mas comunes, son una especie de raso mas fuerte y de menos brillo que el de Europa, que ellos llaman *Fuan-Tsé*, y un tafetan que aunque de mucho cuerpo, es tan ligero y flexi-

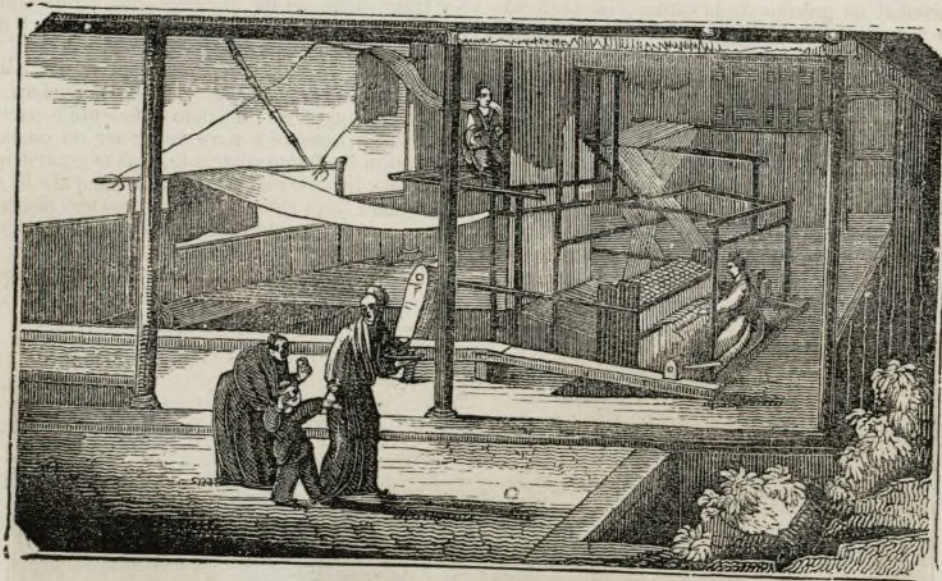
ble que no se corta jamás. Este tafetan se lava como las telas de hilo, sin perder mucho de su brillo que se le dá frotándolo, siempre en la misma dirección, con la grasa muy purificada de la marsopla de río.

Emplean también en China una especie de seda gruesa que se halla en abundancia en el campo y sobre los árboles, producida por gusanillos semejantes á las orugas, que comen las hojas de todos los árboles. Esta seda no se forma en capullos, sino en largos hilos que se adhieren á todos los cuerpos como los de una araña. Es además muy espesa, dura mucho tiempo, se lava también como la tela de hilo, y á veces se vende tan cara como los mas preciosos géneros.

La provincia de la China que se dedica en mayor escala, á la educación de los gusanos de seda y la fabricación de las telas hechas con esta materia, es la de *Tché-Kiang*, cuyos habitantes, principalmente los de las ciudades, visten casi todos estas telas, que se venden á muy bajo precio. Es tan común en China la seda, que hasta los soldados se visten con ella, si bien en lo antiguo se vendía á peso de oro en este país, como ha acontecido en Europa en tiempos en que era muy rara. Se cree que en una época muy remota los chinos empleaban en sus instrumentos de música, cuerdas de seda, que producían sonidos muy dulces y agradables.

Los emperadores de la China, dicen los historiadores de este país, hicieron todos sus esfuerzos para propagar el uso de la seda en los primeros tiempos de su descubrimiento, pues de tal modo habían comprendido

la importancia de esta materia para sus súbditos, que hasta las emperatrices daban el ejemplo á las mugeres del país, trabajando con sus propias manos en la fabricación de las telas de seda dentro de sus mismos palacios.



Modo de teger la seda en China.

ESTUDIOS MORALES.

SOBRE LA INFLUENCIA DE LAS MUGERES

EN NUESTRAS SOCIEDADES MODERNAS.

En todas las épocas de la historia en que la civilización comienza á estender su apacible y benéfico influjo, vése también ascender la importancia de la muger de una manera análoga y gradual; en las épocas de fuerza, en los pueblos salvajes y guerreros, la muger considerada como el emblema de trasmisión de la raza humana, seméjase á alguno de los instrumentos de pesquería colgados en la cabaña, útiles solo en el momento en que la necesidad estimula al trabajo, para procurarse el alivio y satisfacción; en tales épocas la importancia de la muger se rebaja considerablemente; reducida á la mayor servidumbre, se afana de continuo en la preparación de las viandas, en la lactancia de sus hijos, y hasta en el cumplimiento de las leyes ó instintos que la naturaleza ha prescrito á los animales; el hombre, rey de la cabaña, mira con desden la importancia de la muger que no sabe procurarse el sustento por la vía de la fuerza, la fuerza que es la virtud eminente del salvaje, del hombre que habituado á una vida errante y nomada, fortificado con los hábitos agrestes y feroces de la caza, la guerra y la rapiña, no se cura de alhagos ni caricias, no vé en la muger su compañera, sino una esclava adquirida por la suerte, como uno de los escasos muebles que necesita su aduar. En tal estado la situación de la muger es triste, si bien no idéntica ó igual á la del esclavo reducido á servidumbre, porque la muger

fué criada por la providencia para andar en la vida como colgada de su semejante; y á pesar de la altanería y arrogancia del hombre ¿cómo se desentiende de las intimidades del corazón por leves y efímeras que hayan sido? Mas pasemos de esta época ruda y agreste, y entremos en una sociedad mas avanzada, y á proporción veremos el ascendiente que vá adquiriendo la muger, ya se la verá representar un papel interesante en la historia, ya la veremos cultivar la poesía, las ciencias; ya en fin ejercer un poder soberano sobre el hombre, allá entre el cieno de los placeres de una sociedad libre, bien por el atractivo encantador de la belleza, ó de esas gracias flexibles y delicadas con que dotó Dios á la muger para fascinar mejor la inclinación del hombre; sin embargo, el reinado de la hermosura del que absolutamente no prescinde nuestra condición, no es el que ha de acrecentar la influencia de la muger en nuestras sociedades; cultívase hoy con el mayor esmero la ternura, ese atributo divino de la belleza, donde brota sin cesar un torrente de caridad y de amor infinito que realza sobre manera el precio de la beldad; cultívanse todas sus disposiciones morales, ya por medio de las ciencias, artes, religión y ejemplos virtuosos, cuanto por el estímulo de aparecer una excelente madre de familia, que fije las miradas de la juventud atenta al porvenir y á los cuidados de su posteridad. El cristianismo que vino á rejenerar el mundo, no podía menos de alcanzar á esa mitad de nuestra existencia que se llama muger, objeto mil veces de nuestras delicias, y alguna vez también de nuestras amarguras, la muger cristiana se liga con vínculos sagrados al cumplimiento de las leyes de la naturaleza, se moraliza y adquiere mas independencia y libertad; el hombre á su vez emancipa á la muger

de aquel antiguo yugo, con que la oprimian en los primeros tiempos de rudeza é incivilidad, la eleva y ensalza allá en su corazón, de modo que siendo á sus ojos mas digna, mas nobles y dignas aparecen sus relaciones á la vista de los demas. El cristianismo predicando el amor á los hombres, la fraternidad y el alivio de los males que afligen nuestra especie, por la virtud de la caridad combatió á todo trance el predominio de la fuerza bruta, la esclavitud y la dureza de corazón; de este modo preparaba el campo á las semillas benéficas que á la vez esparcía en nuestra sociedad, porque en seguida que al hombre se le obligó á ser bueno en nombre de Dios, lo fué por interés, y vé ahí la filosofía naciendo de la religion. La muger en el cristianismo, creció en moralidad, en poder, y en dignidad; de la clase de sierva pasó á ser señora y compañera; rompiéronse los lazos de degradante dependencia, y estrecháronse mas y mas los de la íntima amistad y del amor: desde entonces se ennobleció la institucion del matrimonio, tuvo ya un fin moral mas elevado y grandioso. ¡Oh! que grandeza hay en ese lazo indisoluble que forman dos seres, que se encuentran en el mundo, para sobrellevar las tormentas de la vida, y participar de las alegrías del corazón; porque ya nada es individual, aislado, se han reconcentrado dos vidas en una, sin dejar de ser dos vidas, y viven no solo para sí, viven para su posteridad, viven para el honor, viven para la gloria; esta multiplicacion de la existencia del hombre, esta compañera de la vida, con quien se parte el sustento, que alivia las congojas y aflicciones del espíritu, que aplica á la boca el bálsamo en el acceso de la fiebre, y llena de solicitud ansiosa, espía los momentos de procurar tu descanso, y de vencer tus dolencias á fuerza de desvelos; esta compañera angelical, despues de Dios la debemos al cristianismo; sustituid otros principios á sus indestructibles doctrinas, y vereis convertirse la sociedad conyugal en un foco de corrupcion, de inmoralidad y de crimen: ni el brillo del talento, ni la posesion de riquezas, ni el lujo y esplendor de las artes, ni aun la encantadora perspectiva de la hermosura, indemnizarian jamás de la pérdida de aquel amor que encarga el cristianismo á sus fieles, como corona y núcleo de todas las virtudes. Sin esta virtud la sociedad conyugal seria un laberinto funesto erizado de espinas, que lastimarian el corazón y atormentarian el alma.

Hemos indicado de que manera el cristianismo ha ejercido su influencia sobre el hombre; pero no nos hemos detenido á examinar de que modo la muger ha contribuido á la civilizacion del hombre mismo; sin embargo que no hay mas que abrir los ojos para mirar las señales de este hecho que hemos anunciado. Ya consideremos al hombre independiente y libre de toda obligacion para con la muger, ora le contemplemos ligado con el vínculo del matrimonio, siempre severa á la muger ejerciendo un grande influjo sobre el hombre: ella es su talisman, la estrella de su rumbo, el anhelo de su esperanza, hay una atraccion invencible en el hombre, hacia ese ser dotado de hermosura y de un conjunto de gracias, que llega á enloquecer los ánimos capaces de impresionarse profunda y exaltadamente; en esta época podemos decir, que la muger despierta y desarrolla en el hombre, un esceso de fuerza y de pujanza, que ha de servirle útilmente en la carrera de la vida, porque aviva y desarrolla las pasiones tan necesarias para dar impulso á esta masa material, rebelde á veces á las frias determinaciones del espíritu; y como la posesion de la muger sea uno de los impulsos naturales del hombre, reflexiona que para conseguir este objeto, necesita no solo cumplir con los deberes que la sociedad conyugal le impone, sino hacerse muy digno del galardón y recompensa de la que ama; por eso no solo trabaja, sino que se moraliza: mas no se limita á esto únicamente su influjo, es á la vez mas directo; esa ternura expansiva, esa delicadeza de es-

presion, esa cariñosa uncion de sentimiento, se imprime fuertemente sobre el rudo, desdenoso, y áspero continente del hombre, vuélvese á su lado mas afable y cariñoso, no respira ya aquellos sentimientos de venganza, de ira, ó de cólera que abrigaba contra sus semejantes porque se lo impiden no solo los ruegos de la belleza, sino las lágrimas de una esposa, y tal vez el fruto de su amor. Si hubiéramos de citar ejemplos y deducir de lo que pasa á nuestra vista en los caserios y las aldeas, diríamos que la importancia ó el influjo de la muger, es aquí mucho mas sensible; porque nada es mas frecuente que ver á la muger llena de virtudes y de pobreza, al paso que en el hombre se advierte una tendencia á disipar lo que á fuerza de sudores va reuniendo y que sin la prevision y los consejos de la muger se malgastaría en un día, en una hora; este es un hecho que cualquiera ha podido observar en los pueblos donde la corrupcion y el lujo no han fijado su asiento, y en las clases donde la educacion no ha penetrado como fuera de desear; no es del caso explicar las razones que han podido contribuir á este suceso, bastanos indicar este hecho en comprobacion de la verdad que tratamos de demostrar, á saber: la influencia de la muger en la civilizacion humana, y todo esto sin contar para nada la intervencion del afecto materno, la lactancia y toda la ternura que una madre sabederramar sobre la vida de su hijo, ni el gran papel á que Dios la ha destinado en esta sociedad, y que ha inspirado á Aime Martin las elocuentes páginas de su libro sobre la civilizacion de la muger, porque seguramente en el seno de la familia hay un vasto teatro donde la madre, la esposa, la hermana y demas que se hallan ligados con el vínculo de la sangre ejercen poderoso influjo en el porvenir de la sociedad, hay aquí sin duda una mano divina, que ha estrechamente unido y armonizado los afectos de estos seres queridos, pero sucesivamente se van extendiendo las relaciones por la amistad, la gratitud y demas medios que la providencia ha decretado para el fomento y subsistencia de la sociedad; pues bien, en esa sociedad que nace del seno de la familia, la muger tiene una esfera tan dilatada que no puede menos de ser muy importante su influencia, y así es la verdad. La historia hace mencion de una época en que el imperio de la muger se señala sobremanera, á saber: la época de la galanteria y del espíritu caballeresco de los siglos medios, el tiempo del reinado de la hermosura y del amor, de la constancia y heroicidad en los grandes afectos, que hacia mantener ó despertar la muger, con una prenda sencilla; galardón del valor, de la generosidad, del agradecimiento, ¿Cómo se concibe esa proteccion y amparo de la belleza, sin mas recurso que su ternura ni otro apoyo que su inocencia? ¿Porqué el guerrero cubierto de sangre iba á deponer á los pies de su querida los trofeos de la victoria? ¿quién es esta reina que alcanza un tan universal acatamiento y precisamente en una época de fuerza en que la sociedad luchaba fuertemente por conquistar una forma, si cabe decirlo así, de vida social? Porque razon el caudillo terrible en la pelea defiende al menesteroso, al débil, y de leon y bravo vuélvese dócil y pronto al ruego ó insinuacion de la beldad que le implora ó le ordena? Todos estos hechos revelan suficientemente que la muger en la época de la caballeria ejerció un influjo maravilloso sobre el hombre, que contribuyó á dulcificar sus costumbres guerreras con rasgos de generosidad que siempre galardonaba, que infundió á los hombres valor en los trances peligrosos y arriesgados, y en fin que contribuyó de la manera que en aquella época podia contribuir, al mejoramiento del hombre en aquella fraccionada y turbulenta sociedad. Ahora bien esa mina del corazón, media existencia del hombre, ¿porqué no habia de ser considerada en los tiempos modernos escusivamente? En una época en que los hombres se dejan arrebatar facilmente del brillo de las teorías, naturalmente habian de brotar sistemas en que la muger apareciese al-

tamente encumbrada; así el sansimonismo clamaba por una mayor emancipación de la mujer. Y sin duda en la falansteria y en la mujer libre, se hace mas desdichada la suerte de la beldad; pero es indudable que hay quien clama en medio de su exaltación, que se la concedan los mismos derechos y gaudiu que al hombre, y á quien seguramente no espantaria ver un congreso de hermosas decidiendo la suerte de un país, mezclándose á su vez entre las filas de las ciudadanas. No llevaremos hasta este extremo nuestro delirio, queremos que pesen sobre nosotros, todos los actos de vigor y celo que la conveniencia del país reclame, y sin negar á la mujer la capacidad de que es susceptible; nos congratulamos con verla cumplir sabiamente en su puesto los altos deberes que la providencia la ha señalado: no será á los españoles ciertamente á quienes podrán acusar de egoismo, y de falta de consideración á su importancia, que son los primeros á reconocer; acatando en el trono á una escelsa hija de San Fernando.

En consecuencia podemos asegurar atendido el progreso racional de nuestras sociedades, que la mujer está destinada á ver acrecentarse cada dia el influjo de su magnetismo y la fuerza de su poder, si teniendo por norte la virtud, atributo el mas digno de aprecio á los ojos del hombre, procura embellecer sus gracias naturales con los modales y refinamientos de una culta sociedad, con el atractivo y encanto de las artes, con el cultivo hasta de las ciencias, si se lo permitieran sus atenciones y posicion; entonces su importancia social se acrecentaria en gran manera, y no es posible prever la trascendencia de un suceso tan beneficioso á la humanidad y á la conveniencia de los pueblos. Inútil es advertir que el impulso y buena direccion de esta empresa pende muy particularmente del celo y estímulo que en ella emplee el hombre, como muy interesado en sus buenos resultados.

RUPERTO GARCIA CAÑAS.

CAUSAS CELEBRES.

RASGO HERÓICO DE AMOR CONYUGAL.

Uno de los comerciantes mas ricos de una de las colonias francesas, M. D... en un viage que emprendió á Francia en el año 1834, contrajo matrimonio en Paris con una jóven descendiente de una de las familias mas ilustres de Normandia, dotada de las mas bellas cualidades, y que poseia una fortuna considerable. Algunos meses despues de este casamiento, M. D... regresó á su país con su mujer, á quien acompañaba una hermana de leche, mas bien como amiga de infancia que en calidad de camarera, á pesar de que en la casa se le daba este modesto título.

M. D... adoraba á su mujer, y dos años pasaron sin que el mas leve disgusto turbase la felicidad de los esposos, cuya union se estrechó mas con el nacimiento de un hijo.

Pero á fines del segundo año, el carácter hasta entonces alegre de M. D... se hizo tétrico y sombrío. Rompió con casi todos sus amigos, sin motivo, prohibió á su mujer las reuniones, donde hasta entonces la habia acompañado con una especie de orgullo. El desgraciado estaba celoso!

Pronto estos celos, nacidos espontáneamente, hallaron un alimento de los mas activos: Alberto S... primo hermano de la esposa del celoso D..., jóven educado en Paris, acababa de llegar de Europa pidiendo un asilo al único pariente que tenia en la colonia, adonde era llamado para recoger una herencia algo litigiosa.

M. D... lo recibió al principio con una cordialidad expansiva, pero no tardó en manifestarle cierta indiferencia.

Previendo el jóven S... que se prolongaria su mansion en la colonia, alquiló una casa inmediata á la de su primo y se instaló en ella. No dejó sin embargo de pasar casi todos los dias á casa de M. D... quien lejos de agradecerle las visitas, creia que su primo escogia con preferencia los momentos en que su esposa se hallaba sola en la casa. Desde entonces se aumentaron los celos de M. D..., los cuales llegaron á su colmo cuando al regresar de un viage de algunos dias, le dijo uno de sus negros que Alberto S... habia pasado la noche en su casa.

A las preguntas que le dirigió acerca de esta revela-

cion, solo contestó el negro jurando por su padre, que habia visto muchas veces á Alberto S... introducirse en la casa á hora avanzada de la noche y no salir de ella hasta el amanecer.

La esposa de M. D... parecia sin embargo siempre tan pura y tan amante como en lo pasado. No comprendiendo el motivo de la tristeza de su marido, procuraba con sus caricias devolverle la alegría que echaba de menos. Pero la felicidad habia huido para siempre de la casa de D... y la triste esposa no hallaba mas consuelo que en los tiernos cuidados que prodigaba á su hijo.

Entregado M. D. á sus proyectos de venganza, para llevarlos á cabo, pretestó un nuevo viage y se quedó en la ciudad; hácia media noche entró secretamente en la casa y se colocó de centinela cerca de la alcoba de su mujer. Al rayar el dia se abrió con precaucion la puerta de esta alcoba; oyóse el ruido de un beso y apareció un hombre.... este era Alberto. El furor se apoderó de M. D..., no pudo proferir una palabra; pero de un pistoletazo á quema ropa lo tendió sin vida á sus pies.

¿Qué pasó entonces entre el asesino y su esposa que acudió al ruido de la detonacion? Suspensa el lector su curiosidad hasta mas adelante. Entretanto diremos que el desgraciado marido fué preso, y que se negó á contestar á las preguntas que le dirigieron los magistrados; pero no por eso se instruyó con menos rapidez la causa. Terribles eran los cargos que se reunian contra D..., que era el único heredero del hombre á quien habia asesinado, y al cual se suponía el pensamiento de haber querido apropiarse por medio de un crimen los bienes de su pariente. Nada probaba el delito de adulterio, y su condenacion parecia infalible. En fin abriéronse los debates del tribunal. Presentóse Madame D... pálida, sosteniéndose apenas, pero que pareciendo recobrar alguna fuerza al ver á su marido, se espresó así con voz débil pero segura: «Yo sola soy la culpable, y para espiar mi crimen me atrevo á presentarme á este tribunal... soy una infame que he llenado de baldon al hombre á quien habia jurado respetar y querer toda mi vida.» No pudo decir mas: sus fuerzas acababan de abandonarla, y entre las maldiciones de todos los concurrentes fué trasladada á su casa.

Cosa notable! el impetuoso D..., habia podido oír esta confesion solemne y terrible sin revelar ningun sentimiento de cólera, y no dejó de causar bastan-

te sorpresa ver correr algunas lágrimas por sus mejillas.

Terminados los debates, el tribunal absolvió á D..., y le restituyó la libertad. Cuando este entró en su casa no halló á su muger, la cual se habia retirado á una miserable casita fuera de la ciudad, acompañada solo de su camarera que no quiso abandonarla.

Así transcurrieron cinco años, hasta que cayendo gravemente enfermo M. D..., despues de haber recibido los últimos sacramentos y convencido de que no le quedaban sino pocas horas de vida, mandó llamar á los magistrados, al gobernador, á los principales individuos del clero, á sus próximos parientes y sus mas antiguos amigos, á quienes dirigió las siguientes palabras. «Señores, el remordimiento es un mal horrible; él es el que me mata. ¡Mi muger no ha cesado jamás de ser virtuosa y pura!... Cuando el desgraciado Alberto cayó á mis pies, salía, es verdad, de la alcoba de mi muger...; yo le creía culpable, pero este funesto error no duró mas que un instante, Alberto se habia enamorado locamente de la jóven hermana de leche que mi muger habia traído de Europa; al ruido del pistoletazo acudió la desgraciada jóven, y al ver á Alberto moribundo á mis pies, confesó la falta á que él la habia arrastrado.

Juzgad de mi desesperacion y de la de mi muger que vino casi al mismo tiempo á precipitarse en mis brazos. Quise revelar la verdad, pero ella se opuso diciéndome:

¿No ves que si proclamas mi inocencia, te precipitas tú mismo en el cadalso? Alberto es rico y tú su unico heredero; ¿qué podrá la pureza de toda tu vida contra una prevencion demasiado comun?»

Ya sabeis lo demas: tuve el horrible valor ó mas bien la insigne cobardia de oír á este ángel de abnegacion llamar la deshonra y el desprecio sobre su cabeza para salvar la mia. Mis remordimientos la han vengado: muero con el pesar de no haber podido hasta este supremo momento, hallar fuerzas para confesar mi crimen y proclamar su inocencia.»

Imposible seria pintar el efecto que produjeron en la asamblea estas palabras pronunciadas con el profundo acento de la verdad que la agonía hace tan solemne. Al desprecio que todos tenían á madama D... sucedieron el entusiasmo y la admiracion; y en aquel mismo momento las personas mas notables de la ciudad, se dirijieron en busca de la virtuosa y fiel esposa que trageron casi en triunfo junto al lecho de su marido moribundo.

Sin duda la providencia quiso completar la felicidad de madama D... porque lejos de morir su marido como todos esperaban, recobró milagrosamente la salud, y hoy vive feliz al lado de su esposa, á quien cada dia ama con mas ternura, y sin que haya vuelto á sentir la desastrosa pasion de los celos.

HISTORIA NATURAL.

LA CAZA DEL OSO

EN LAS MONTAÑAS DE LA SUIZA.

Antiguamente, cuando toda la Suiza estaba cubierta de espesos bosques, eran muy comunes los osos en las montañas, esparciendo el terror entre los rebaños; todavía hoy cuando un toro es advertido por su instinto de que se halla próximo un oso, se pone inquieto, agitado y anda errante por todas partes hasta que encuentra á su enemigo. Entonces se traban un combate terrible; el oso atacado se defiende con desesperacion, pero raramente sale bien de la lucha. El toro furioso lo empuja delante de sí y lo ahoga apretándolo contra un árbol ó una piedra. Cuéntase que un pastor al ir en busca de un toro que hacia dias habia desaparecido, lo halló sosteniendo así el cadáver de su enemigo clavado contra un peñasco.

En la época en que los castillos, cuyas ruinas coronan las colinas de la Suiza, eran habitados por barones feudales, bajaba el pastor de su montaña y venia á rogar humildemente al señor que lo librara de su enemigo. Por la mañana al romper el dia desfilaban los cazadores por el puente levadizo: el sonido del caracol resonaba en las montañas y la jauría ladraba alegremente. Guiada por el pastor la cuadrilla iba á forzar al oso en su guarida; hostigado por los perros el animal salia de su cueva con sus cachorros, los defendia valerosamente y moria herido por el venablo. Hoy estas cazas se hacen con menos aparato: advertido el pastor por la inquietud de su rebaño, coge su pesada carabina, sigue sobre la nieve las huellas de su enemigo, quédase apostado en el sitio que le parece mas á proposito, y lo mata á una distancia tal que el oso es herido frecuentemente antes de haber visto á su adversario.

Desde el desmonte de los antiguos bosques de la Helvecia, los osos han llegado á ser muy raros, y solo se encuentran en algunos montes retirados del canton de los Grisones y en la parte del Jura francés que está frente de

Ginebra, en cuya ciudad se vende todos los años á las primeras nieves la carne de dos ó tres de estos animales. Solamente en esta época pueden cazarse los osos, por que entonces quedan impresas sus huellas sobre la nieve. Antes, es imposible descubrirlos en el fondo de los bosques donde se ocultan, pues siempre escogen los sitios mas sombríos é innaccesibles, y mas tarde, se agazapan en su agujero ó en una cueva, y permanecen durante todo el invierno en una inmovilidad completa.

Hace mucho tiempo que se ha dicho con mucha razon, «el hombre es el único animal que no ha sido calumniado». Para justificar sus instintos destructores, ha injuriado á sus víctimas, á fin de poder inocularlas con una apariencia de justicia. El oso pardo ha tenido parte en esta difamacion del reino animal, pues se le ha atribuido un natural que no es el suyo.

Dulce y tímido busca la soledad, evita al hombre y se mantiene de raíces, de tallos herbáceos y de frutos. Este gusto por las frutas es su única falta y causa frecuentemente su pérdida.

En otoño, cuando las vides que bordan las orillas del Rodano están cargadas de racimos maduros, cuando los tiernos albérrigos esparcidos en medio de ellas están cubiertos de pequeños duraznos, entonces el oso gloton descendiendo de la montaña, abandona su sombría guarida y viene á vendimiar antes que el viñador. Coge los racimos, echa abajo los duraznos, frecuentemente con cierta delicadeza y sin lastimar la vid; pero algunas veces por coger el racimo arranca la cepa, y por derribar los duraznos troncha las ramas. Al siguiente dia vé el cultivador el desastre y busca el autor de aquel desaguisado.

Al rayar el alba, lo encuentra algunas veces todavía en la viña ahito de racimos é incapaz de subir al monte.

Hé aquí todos los crímenes de la especie. Apenas pueden citarse ó algunos ejemplares de osos que hayan atacado á las vacas ó arrebatado los carneros, y aun no es cierto tampoco que hayan comido su carne. Dotado de una fuerza colosal, el oso solamente hace uso de ella, cuando se le provoca; y sobre todo cuando su valor no conoce peligros al defender sus cachorros, pues en-

tonces hasta el mismo hombre pierde para el su prestigio, y no teme atacarle cuerpo á cuerpo para apoderarse de él y ahogarlo entre sus manos.

Pero estos casos son raros: ordinariamente recibe la muerte sin defenderse, y muere huyendo de un enemigo que ciertamente no ha buscado.



Cacería del oso en los Alpes en tiempo feudal.